

CORRESPONDENCIA

TURQUÍA

El Rosario y la «Odhighitria» en Constantinopla

SURGIÓ en mi mente, escribe el R. P. Fr. D. D., de la Orden de Santo Domingo, la idea de recopilar las memorias del culto de María y del Rosario en la capital del Imperio otomano, y decir algo acerca de este asunto.

Una serie de circunstancias hace dirigir en estos días nuestra mirada hacia el Oriente, teatro, actor y víctima de vicisitudes, cuyos efectos quizás con el tiempo sintamos también nosotros.

Mientras el Supremo Pastor de la Iglesia propone la unidad de la fe á las Iglesias que el orgullo de los Emperadores de Bizancio separó del cuerpo místico de Jesucristo, y pide á los devotos del Rosario que pidan á María el cumplimiento de estos votos, se traba entre el fanatismo musulmán y el de los muchos cristianos disidentes una lucha sangrienta y mortal.

Por una parte parece que vacila el trono de los sucesores de Mahoma; por otra, como faro de la misericordia divina, levántase en Patras el Santuario del Rosario, próximo á los lugares donde, bajo la protección de la Virgen del Rosario, apareció glorioso el nombre cristiano contra los poderes de la media luna.

¿Quién podrá investigar los designios de la divina Providencia?

¡Oh! Sin duda María, la Virgen excelsa que tanta parte fué en los combates y en los triunfos de la fe católica, bien puede con su virtud apresurar y completar esta nueva y suspirada gloria: á saber, que vuelvan á la concordia los entendimientos en la profesión de una misma fe y que una sus corazones un mismo vínculo de perfecta caridad.

«Y la práctica del Rosario será el mejor medio y el más provechoso para obtener tal ayuda, porque meditando, mientras se reza el Rosario, los admirables misterios de nuestra salvación y los hechos en que María se muestra como Madre de Dios y Madre nuestra, recordamos en él su espiritual maternidad, y la obligamos, como á la mejor de las madres que es, á que abogue por la causa de nuestros hermanos que andan lejos del redil (1).»

(1) León XIII, Enc. *Adjutricem*.

La gran Virgen Madre de Dios y su Rosario tuvieron siempre culto en Constantinopla. Me limito naturalmente á hablar tan sólo de nuestra iglesia de San Pedro en Galata.

Allí están los hijos de Santo Domingo desde los primeros años de la Orden. Tal vez San Jacinto, el apóstol del Septentrión, fué el primero que esparció sobre las riberas del Bósforo las rosas de María, aquellas rosas hermosísimas, aquella devoción inefable que había aprendido en Roma de los mismos labios de su Padre Domingo, el sin par amante de la Virgen, de cuyas manos había recibido, en Santa Sabina, el blanco hábito de la naciente Orden. Y en efecto, la primera casa de la Orden en Constantinopla existía ya en 1252, y consta tradicionalmente que la fundó San Jacinto.

En aquel tiempo se mantuvo viva siempre la devoción al Salterio de María, y continuó siéndolo hasta nuestros días.

Hablando con ingenuidad, es preciso decir que si hubo un tiempo en que los Padres Predicadores tuvieron mucho que sufrir en Constantinopla por la venciencia de los turcos, actualmente, para honrar á María y para dar el aumento conveniente á la tradicional devoción del Rosario tan grata á sus corazones, gozan ellos de más libertad en Constantinopla, en medio de los turcos, que entre los cristianos de París, de Londres, de Berlín y aun de Roma, capital del Catolicismo, donde no se permite sacar ninguna imagen de la Virgen de los umbrales del templo á recorrer las calles de la ciudad. Débense á la santa y feliz audacia del Pa-



ILMO. FRANCISCO PESCI, obispo de Allahabad. (Pág. 455)

dre Cambiasco, ilustre superior de la casa de Constantinopla, que durante cuarenta y tres años ha empleado sus fuerzas en la prosperidad de aquella Misión, estas procesiones en honor de María, procesiones que en nuestros días tanta aceptación han tenido en la opinión pública.

La primera tuvo lugar en 1854, con motivo de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción. Dejemos al P. Cambiasco la palabra. «El templo, escribía al día siguiente de la procesión al P. Jandel, entonces vicario general de la Orden, no pudo contener toda la gente que acudió, no sólo á la función de la mañana, sino también después del medio día. El tercer día del triduo fué un verdadero triunfo para la Virgen Inmaculada. Hice imprimir tarjetas de invitación que mandé á todos los almacenes y comercios de los negociantes de Galata, á todos los conventos y á todos los sacerdotes de Pera. Después del panegírico tuvo lugar

la procesión, que fué la más solemne de cuantas aquí se hicieron. Abrialá el estandarte de la Inmaculada, tras el cual venían vestidas de blanco las educandas de las Hermanas de la Caridad, seguidas de un gran número de señoritas y señoras que quisieron honrar á María aumentando las filas de sus devotos. Seguía el estandarte de los Hermanos de las Escuelas cristianas con sus numerosos escolares. Después el estandarte del Rosario con una larguísima fila de seglares, llevando todos vela encendida. Eran más de cien las velas que nosotros habíamos distribuido. Finalmente la cruz parroquial seguida de la Comunidad compuesta de todos los Hermanos residentes en Pera, que son diez, y de otras Comunidades, detrás de las que iba la nuestra, y por último el clero seguido de tres celebrantes, á los que seguían las andas en que iba la imagen de la Inmaculada, toda rodeada de innumerables luces, llevada por cuatro hombres vestidos con el hábito del Rosario; estos es, túnica blanca, cordón encarnado y muceta azul celeste, haciendo la escolta otros ocho señores con hachones grandes, seguidos de una inmensa multitud del pueblo.

«La procesión recorrió las calles de Galata por donde pasa la procesión del *Corpus*, cantando el *Ave maris Stella*, el *Magnificat*, las Letanías, y finalmente el *Te Deum* al entrar en la iglesia, la cual estaba tan llena de gente que no se podía dar un paso por ella.

«En el primer día del triduo había propuesto al pueblo la idea de hacer una media luna de oro para ponerla bajo los pies de nuestra Virgen, y el pueblo correspondió, contribuyendo durante los tres días con cerca de tres mil quinientas piastras, más algunos diamantes para colocar en dicha media luna.

«Además de esta pompa exterior hubo ornato interior en muchas almas que largos años hacía no habían recibido los Santos Sacramentos ó los habían recibido mal, y así María hizo resplandecer en todo su bondad y protección.

«Esta procesión de la Inmaculada es la primera que en honor de María se hizo públicamente, porque hasta ahora tanto la mensual como la solemne del Rosario se hacían sólo por el claustro de nuestro convento ó por la iglesia.

«El tiempo parecía tomar parte en nuestra alegría, porque si bien los días anteriores había llovido, ayer nó obstante estuvo un día como de verano, cielo sereno, sol bellissimo, aire suave y templado, sin viento, y por eso tantas velas encendidas ofrecían un aspecto encantador. ¡Viva, pues, la Inmaculada Concepción de la siempre Virgen María!

¿No le parece que esto es capaz de llenar de satisfacción el alma? En cuanto á nosotros, lo estamos. No porque creamos haber hecho gran cosa, que nada es todo esto en comparación de lo que debemos á María; pero teniendo en cuenta las circunstancias, no podemos dejar de reconocer aquí la protección amorosa de la Virgen.»

Desde entonces reviste un carácter tan solemne la procesión del Rosario en Constantinopla, que Mons. Lavaggi, enviado extraordinario de la Sagrada Congregación de *Propaganda Fide*, que la vió en 1868, dijo: «Me parece estar viendo una procesión de Roma.» (En

tonces se entiende...). Y esto en cuanto á la majestad y suntuosidad del rito; porque en cuanto á la ternura y consuelo que inspira una procesión en honor de la Santa Madre de Dios en un país de infieles, la procesión del Rosario en Constantinopla no tiene igual. He aquí lo que escribe el Cónsul general de la embajada francesa, el que tiene por costumbre asistir á la procesión, con ejemplar piedad, por las calles de Galata, al lado de la imagen de María, y con el Rosario bendito en la mano: «Es bastante difícil formarse una idea del carácter y de la impresión de grandeza verdaderamente religiosa que tienen la fiesta y procesión del Rosario en el primer domingo de Octubre. La Misa solemne es pontificada ordinariamente por el Vicario apostólico, y al terminar, sale de la iglesia la procesión y recorre las calles de Galata, en la que todo el canto se reduce al rezo sencillo y sublime del Rosario, entonado por el Padre Vicario y repetido por una multitud numerosa y recogida. Delante de la iglesia de San Jorge, que está abierta y cuyo altar mayor se adorna al efecto, se detiene la procesión y descansa un momento: después vuelve á San Pedro, continuando el numeroso concurso de fieles hasta terminar la jornada en honor de María. La imagen es llevada en hombros de cuatro cofrades del Rosario, vestidos de capa blanca (1).»

En los años 1867 y 1868 fué gratuitamente concedida por el gran Visir la banda imperial, tanto para la procesión del Rosario como para la del *Corpus*. En la solemnidad del Santísimo Rosario distribuyéronse dotes á dos jóvenes pobres recomendables por su virtud y buenas costumbres.

En el día 25 de Septiembre de 1856, en el cual fueron consagrados los tres altares principales de la nueva iglesia, dedicada en el 43, se bendijo una nueva imagen de María Santísima del Rosario, trabajo verdaderamente artístico hecho venir de Génova, y obra del escultor Juan Bautista Drago. Por la parte exterior había unida á la iglesia una capilla, y en ésta estuvo expuesta la Imagen á la veneración de los fieles hasta 1870, y en este año, con mejor acuerdo, fué trasladada á un camarín construído en la parte superior del altar mayor, detrás de los apóstoles San Pedro y San Pablo. Todos los años, en el mes de Octubre, está expuesta durante ocho días en el presbiterio; y en el primer domingo, esto es, en el día de la fiesta del Rosario, es llevada procesionalmente en triunfo por las calles de Galata.

Además de esta procesión solemne, se celebra otra más modesta en el primer domingo de cada mes para ganar las santas indulgencias. Se sale por la puerta principal que da á la calle, se da una vuelta por la parte interior del claustro, y se entra por una puerta lateral en la iglesia. Y lo mismo se hace el segundo domingo con la procesión del Santísimo Nombre de Jesús. Todos los días del año, en la Misa de alba, rezan los fieles una parte del Rosario en la iglesia, según la bellissima costumbre de todos los conventos de la Orden.

No son solamente los ejercicios de la Cofradía del Rosario los que mantienen floreciente el culto de María en nuestra iglesia de Constantinopla, sino también la particular devoción de que es objeto la famosa imagen

(1) *Historia de la Iglesia Latina en Constantinopla*, París, año 1872.

llamada la *Odhighitria*, que una tradición constante atribuye á San Lucas. Puede decirse que es el gran tesoro de los Dominicos de Constantinopla. Merece que relatemos brevemente su historia.

Según la tradición, confirmada por los testimonios de graves autores, esta Imágen fué traída de Jerusalén á Constantinopla por la emperatriz Eudisia, mujer de Teodosio el Joven, en el año 450; y la emperatriz ordenó que un día de cada semana estuviese consagrado de un modo particular al culto de la misma. Los griegos la tuvieron siempre en gran veneración, y la llamaron *Odhighitria*; esto es, Guía de la vida. Los emperadores la hacían llevar delante de sí cuando iban á la guerra ó cuando hacían la entrada solemne en alguna ciudad del imperio. En la toma de Constantinopla por los cruzados, la santa Imagen cayó en sus manos, y ellos la expusieron al culto en la iglesia de Santa Sofía. De allí fué violentamente quitada por los venecianos, quienes por esto fueron excomulgados por el Patriarca de Constantinopla y por el legado apostólico el Cardenal Benedetto, como consta en un Breve de Inocencio, en el cual se lee lo siguiente: *Nos opinionem illam qua quidam Græci existimant quod spiritus B. Mariæ Virginis in predicta imagine requiescat, tanquam superstitiosam minime approbamus: ne tamen sacrilegii crimen maneat incorrectum, utramque sententiam interdicti et excommunicationis auctoritate Apostolica confirmamus.*

Cleabulo (1) refiere que durante el sitio de Constantinopla por los turcos, la *Odhighitria* fué sacada procesionalmente por las calles de la ciudad, pero que habiendo caído de las manos de quienes la llevaban, se aumentó tan milagrosamente su peso que fué imposible levantarla. Interpretóse este suceso como presagio de la desgracia que estaba reservada á la ciudad. Y la ciudad cayó en manos de los infieles, y con ella la imagen de María; hasta el momento en que por medio del baillío de Venecia pudo, con una gran suma de dinero, ser recobrada y dársele otra vez culto conveniente en el asilo de nuestros Padres de San Pedro de Pera.

En un incendio, acaecido en 1660, un tal Olivieri salvó de las llamas á la Virgen, y la Comunidad de Pera, después de reconstruir la iglesia, el 13 de Marzo de 1662, le obligó á restituirla á sus patronos. El tiempo y las traslaciones de un lugar á otro habían desmejorado tan preciosa Imagen; y nuestros Padres, celosísimos de su ornato, trabajaron para que, con algún dinero de la Cofradía del Rosario y con las limosnas de los fieles, se reparase, adornándola y cubriéndola de plata.

En 1702 el dux de la república veneciana pretendía hacerse dueño de la Imagen y llevarla á Venecia; pero nuestros Hermanos, que tenían contraídas mayores deudas de reconocimiento con la *Odhighitria* que con la república, prefirieron la protección de la primera á la de la segunda. Entonces fué cuando la Misión dominicana, abandonada por la república de Venecia, se puso bajo la protección de Francia, y así continúa todavía, como continúa la protección de María sobre la Misión, que tanto hizo para que la imagen de esta Señora fuera el principal ornamento de la iglesia de San Pedro de Galata en Constantinopla.

(1) *Vita di Maometto*, II, 98.

ZINANFÚ (China)

Persecuciones por la fe en China.—Firmeza de los cristianos

Desde Zinanfú nos escribe el 20 de Junio último el misionero español R. P. Fr. José M.^a Vila, de la Orden de Menores:

SEÑOR Director: Después de darle gracias por haberme mandado la Revista *Las Misiones Católicas*, paso á referir (según le prometí) algunos episodios de nuestras Misiones Franciscanas en China.

Cuando estaba preparando una relación consoladora, he aquí que un hecho imprevisto y doloroso ha trocado el gozo en luto y desolación.

¡Oh! ¡cuán cierto es que la vida del misionero está llena de vicisitudes! Goza cuando ve sus sudores coronados con frutos de bendición, y sufre cuando contempla aniquilado el fruto que esperaba recoger. He aquí el hecho fatal sobrevenido á mi pobre Misión el 25 de Mayo de este año. Para mayor claridad manifestaré la causa de la desgracia que nos aflige.

En medio de un pueblo de 6,000 habitantes, en una posición envidiable, había de mucho tiempo acá un templo ó pagoda dedicada á los ídolos construída á expensas del pueblo, quien compró treinta y ocho fanegas de terreno para el culto y sustentación del guardián. Ahora bien, un Padre franciscano llamado Domingo de Asís, celoso é intrépido orador en lengua china, predicó allí la palabra de Dios, demostrando la falsedad de los dioses que adoraban.

Fué tanto el fruto que hizo en aquel pueblo, que más de la mitad de sus habitantes se convirtieron, y aun los que no se decidieron á dar este paso, reconociendo lo absurdo del culto diabólico, abandonaron la pagoda, de manera que el guardián tuvo que emigrar para no morir de hambre.

Viendo esto el Padre misionero, propuso á los paganos y cristianos que se repartiesen el terreno y la pagoda, invitando á los primeros á que escogiesen. Los paganos optaron por el terreno, dejando la pagoda á los cristianos para que edificasen una iglesia. Se hizo el convite acostumbrado en los contratos chinos, y se arreglaron las escrituras, que aprobó gustoso el mandarín del lugar para evitar cuestiones. Mas al dar principio á las obras, los paganos, viendo que se quería edificar una iglesia á la europea, arrepintiéronse de lo hecho, y opusieron á los trabajos con tanta audacia y prontitud, que no me dieron tiempo de reclamar al mandarín la protección debida, y tuve que huir para no caer en manos del populacho enfurecido por las exhortaciones de los cabezas del motín. Como los cristianos ya habían desaparecido, vime obligado á partir de noche en un carro tirado por bueyes. Apenas supieron mi marcha por algún espía, salieron á perseguirme á fin de matarme y robar el dinero que suponían me había llevado. Me alcanzaron no lejos del pueblo, mas siéndoles desconocida la gente y el carro, creyeron que el envoltorio que en él iba era carne de buey para vender en el mercado de un pueblo contiguo. De esta manera fueron burlados, mas con el temor que cada uno puede considerar, por si llegaban á levantar el paño en que yo estaba envuelto.

Viendo frustradas sus esperanzas volvieron al pueblo, y tocando el tambor y la campana de la iglesia,

reuniéronse más de mil hombres y mujeres, destruyeron imágenes, crucifijo, altar y cuanto pudieron hallar á mano, llevándose lo más precioso: la iglesia, edificada en parte, quedó arruinada como si hubiese pasado un huracán.

Destruída la iglesia y demás cosas pertenecientes á ella, con los materiales edificaron una pagoda en el mismo sitio. Hecho esto, volvieron á buscarme para que aprobase el hecho, y en caso contrario quitarme la vida. Mas yo había ya recorrido doscientos kilómetros para dar noticia del caso al señor Obispo, y suplicarle pusiese remedio á tantos males. No habiendo podido darme alcance estos malvados, cogieron cinco cristianos decrépitos, y los arrastraron á la pagoda edificada, para obligarles á adorar el ídolo; mas no lograron hacerles abandonar la fe profesada. Viendo tanta constancia no se atrevieron á matarlos, por temor al mandarín, á quien se había reclamado. Por mi parte hice cuanto pude para conjurar el conflicto, ya consolando á los fieles, ya recurriendo á las Autoridades. El mandarín del lugar sólo daba buenas palabras, pero no se cuidaba de nada, pues había recibido no poco dinero para que no nos hiciera justicia: de este modo se vende la justicia en China.

Por fin, viendo que nada se lograba con las Autoridades menores, por estar corrompidas por el dinero, se recurrió al Virrey, pero fué en vano, porque las Autoridades subalternas, para defenderse á sí mismas, empezaron á calumniar á los misioneros y cristianos...

Entonces no hubo más remedio que recurrir á la legación francesa, que es la protectora de la Religión católica en China. Al principio nada obtuvo; mas luego, considerado mejor el caso y la justicia que nos asistía, se decretó fuese destruída la pagoda y se cediese el lugar á la iglesia católica.

Es de advertir que después de la victoria conseguida muchos se hicieron cristianos, porque los chinos, las más de las veces no se convierten para salvar el alma, sino por fines materiales. Sin embargo, nosotros nos aprovechamos de esto para instruirlos, y luego se hacen cristianos por convicción. Así sucedió que á pesar de la persecución que voy á narrar, por la gracia de Dios ninguno ha abandonado la fe.

Estando preparando los materiales para la edificación de la nueva iglesia, hubo noticia de que los paganos se disponían á impedir otra vez la edificación de la misma; mas no hice caso, confiando en la protección del Gobierno, á quien pedí diera un decreto para aterrizar á esos bandidos. Así lo hizo el mandarín, mas en lugar de impedir á los infieles que se batiesen, parece que les alentó: lo cierto es que se juntaron para llevar adelante su intento. Reuniéronse de tres á cuatro mil personas para destruir la capilla interina que servía para la oración cotidiana y celebración de la Santa Misa. Guardaban el local unos veinte cristianos, no para hacer oposición, pues era imposible, sino para saber quiénes eran los agresores principales para después acusarlos ante las Autoridades.

Fué tan terrible la saña que desplegaron contra estos cristianos, que de veinte que eran, sólo dos quedaron ilesos: uno de ellos murió en el acto acribillado de saetas y cuchilladas: además un anciano que no pudo

huir lo arrastraron, maltratándolo tan cruelmente que murió en sus manos. Los otros, principalmente cinco, fueron heridos de gravedad, debiendo todos, hombres y mujeres, escaparse para no ser víctimas de aquellos bárbaros. Todos los objetos que los cristianos tuvieron que dejar por falta de tiempo para llevarlos á otra parte, fueron destrozados, repartiéndose los asesinos el dinero, ropa y otras cosas de valor. A cabo de dos meses los ciento cincuenta cristianos aún no han podido volver á su pueblo, porque los paganos están decididos á hacerles apostatar ó matarlos. Además, no pudiendo los fieles volver á su pueblo, la cosecha necesariamente se perderá ó será recogida por los paganos, debiendo yo darles de comer para que no perezcan de hambre. Los cristianos de otros pueblos circunvecinos también han tenido que huir ante las amenazas de los paganos.

Se ha recurrido á las Autoridades civiles, pero hasta ahora sin fruto, pues dicen que quieren hacer justicia, mas temen que se levante una revolución general.

Hemos puesto todos estos hechos en conocimiento del cónsul francés, de quien esperamos obtener justicia; mas por rápida que sea la solución del asunto, pasarán por lo menos seis meses hasta que los cristianos puedan volver á sus casas, y entonces se les deberá proveer de todo lo indispensable. Mas ¿cómo subvenir á tantas necesidades?

Esto me entristece de tal manera, que más de una lágrima he derramado sobre estas mal trazadas líneas. No me desaliento, sin embargo, pues confío que la caridad de los católicos españoles no abandonará á estos pobres chinos que por no renegar de la fe padecen tanto. A esta caridad de mis paisanos me dirijo haciendo un llamamiento en favor de mis infelices cristianos, teniendo por cierto que ellos rogarán todos los días á Dios por la felicidad temporal y eterna de sus bienhechores.

OSAKA (Japón Central)

Necesidades de la Misión de Okayama

La ciudad de Okayama es uno de los principales centros de población y de comercio de la diócesis de Osaka. La importancia de esta ciudad y las conversiones numerosas que se esperan en próximo porvenir, justifican la súplica que el R. P. H. Doridon, misionero recientemente encargado de esta parroquia, dirige á nuestros lectores en carta que acaba de llegar á nuestras manos.

Las necesidades de esta Misión, dice, son tantas que me obligan á hacer un llamamiento á vuestra caridad para obtener los recursos que me son indispensables.

Como sabéis, somos aquí los sucesores de los misioneros españoles: este suelo ha sido regado con la sangre de vuestros ilustres compatriotas, y por este título tenemos derecho á especial simpatía de vuestra parte. San Pedro Bautista, y los numerosos Bienaventurados, hijos de España, que han evangelizado este país, no dejarán de implorar la bendición divina en favor de sus compatriotas que se interesen por el establecimiento del reinado de Jesucristo en este país que tanto amaron.

La cantidad que me falta asciende á sesenta mil francos: es el mínimum que me permite pedir la importan-

cia de esta ciudad, en la que es preciso que la Religión católica esté dignamente representada.

Nuestros cristianos no dejarán de orar por sus bienhechores: por mi parte apenas tengo necesidad de prometerlo, pues será un deber que cumpliré gustoso.

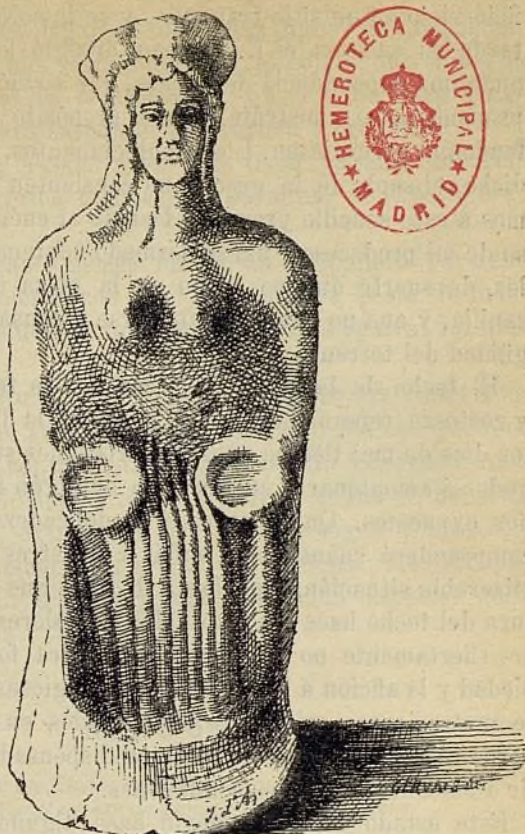


CARTAGO.—N.º 1. Figurita de barro cocido, de 72 milímetros de altura. (Pág. 447)

Al llegar á Okayama vi una ciudad de doce mil quinientas casas albergando una población de más de cincuenta mil almas; luego, en la cumbre de una colina, la prefectura y á corta distancia dos magníficos colegios, una grande escuela de medicina, el tribunal, la



CARTAGO.—N.º 2. Figurita de barro cocido, de 125 milímetros de altura. (Pág. 447)



CARTAGO.—N.º 3. Estatueta de barro cocido, de 133 milímetros de altura. (Pág. 447)

escuela normal y el templo protestante. Y la Misión católica ¿dónde está? ¡Ay! nuestros ojos la buscan en vano; nada la distingue de las casas comunes, sino una cruz oculta por las construcciones vecinas, y una inscripción en una placa como las hay en todas las tiendas.



1. Zarcillos de oro.—2. Espejo de bronce.—3. Hachita de bronce.—4 y 5. Trozos de huevos de avestruz, pintados.—6. Marisco con charnela de bronce.—7. Alabastrón.—8 y 9. Vasos de barro cocido.

CARTAGO.—Mobiliario fúnebre. (Pág. 324)

En otro tiempo, cuando el R. Vasselon, que murió siendo obispo de Osaka, vino con pretexto de enseñar el francés, á propagar la fe en este país, halló un edi-

ficio viejo en un sitio tranquilo, y se instaló en él. Mas tarde su sucesor, el R. Luneau, arregló lo mejor que pudo una dependencia de la casa, que sirvió de capilla; proponiéndose construir otra á propósito cuando los fondos lo permitiesen. Los acontecimientos, ó más bien dicho, el soplo de la gracia, no consienten nos limitemos á este sencillo proyecto. Debido al enérgico impulso de mi predecesor, hanse formado centenares de fieles, de suerte que no caben en la pieza destinada á capilla, y que no puede ensancharse á causa de la exigüidad del terreno.

El techo de la capilla, á pesar de las frecuentes y costosas reparaciones, deja penetrar la lluvia, y en los días de mal tiempo nuestros cristianos se ven obligados á amontonarse en desorden en algún rincón menos expuestos. Quien conozca la delicadeza japonesa comprenderá cuánto hace sufrir á nuestros fieles esta miserable situación. Añádase á lo dicho que la poca altura del techo hace inaguantables los calores del verano. Ciertamente no es á propósito para fomentar la piedad y la afición á las ceremonias religiosas el hallarse cuatrocientos cristianos amontonados en semejante horno. Así es que algunos se creen dispensados de asistir á los Oficios en tales condiciones.

Este estado de cosas movió hace algunos años al Ilmo. Midon á escribir á *Las Misiones Católicas*. Algunas almas generosas contestaron al llamamiento, y así pudo adquirir el terreno. La construcción de la iglesia, empero, está todavía en proyecto.

Pues bien, este proyecto me propongo realizarlo, pues prolongar la actual situación redundaría en detrimento de nuestra obra.

De mi habitación sólo os diré, que no me atrevo á invitar á ningún funcionario, cuya amistad, por otra parte, pudiera proporcionarnos muchas ventajas.

A pesar de situación tan penosa, cuento en la actualidad cincuenta nuevos catecúmenos, algunos de cierta consideración en el país. Estos catecúmenos, como todos nuestros cristianos, saben que vivimos de limosnas, y nuestra pobreza no les retrae.

¡Qué impulso recibirían nuestras obras con la construcción de una iglesia! En el Japón, tanto y más quizá que en otras partes, conviene el aparato exterior, y nosotros sólo contamos con la palabra para transmitir la verdad. Dos veces á la semana nos instalamos en una casa que da á la vía pública, y predicamos á los paganos. Convendría otra cosa que argumentos filosóficos para atestiguar nuestra fuerza: por lo menos una iglesia y una escuela en el terreno que hoy ocupamos.

ÁFRICA

La Misión del Niger

El R. P. Zappa escribe Al R. P. Planque, superior general de la Congregación de las Misiones Africanas de Lyon:

PERMITIDME que os dé algunos detalles sobre el estado actual de nuestra Misión del Niger.

Debo, ante todo, dar gracias á Dios, por haberse servido evitarnos el dolor de ver nuestras filas

disminuídas por la muerte. Cuatro veces ya, hemos temido la muerte de algunos compañeros, y cada vez la nube se ha disipado sin hacer víctimas. ¡Bendito sea Dios, y que le plazca continuarnos su protección paternal! Aquí, en efecto, nuestro gran enemigo, es la enfermedad. El día en que por la voluntad de Dios este clima se nos haga menos mortífero, la fe y la civilización no tardarán en penetrar en este continente desheredado.

Modestos principios.—Historia de Adagia, la neófita

La Misión sigue su marcha progresiva hacia un desarrollo que, en plazo no lejano, realizará todas las esperanzas que concebimos hace ocho años. Hemos tenido la dicha de hacer 22 bautizos de adultos. Es muy poco, se dirá; pero para todos los que han visto de cerca estos países paganos, es mucho.

Para nosotros, que nos hemos trazado la regla de seguir las leyes de la más estricta prudencia, este pequeño número, representa 22 cristianos formales y preseverantes, que trabajan en la medida de su capacidad y posición, derramando en torno de ellos y hasta en las villas cercanas, la buena semilla de la palabra divina, atrayéndonos todos los domingos centenares de pobres paganos, que vienen á buscar el manantial de agua de vida que los purificará más tarde.

Entre los adultos bautizados en Assaba este año, se encuentra la mujer de un antiguo intérprete de la Misión, muerto hace unos cinco años. Todavía joven después de la muerte de su marido, aunque frecuentaba asiduamente la iglesia, nos inspiraba alguna inquietud por su conducta algo ligera. Durante dos, tres y cuatro años no cesó de importunarnos con sus ruegos, pues á toda costa quiera recibir el Bautismo. Muchas veces estuvimos á punto de ceder, y siempre, por motivos de prudencia, tuvimos que permanecer sordos á sus ruegos.

Entre tanto, para probarnos su fidelidad y decidarnos á su favor, no dejó de avisarnos en todas ocasiones, que sabía algún niño en peligro de muerte, en tal ó cual barrio, para que pudiésemos administrarle el Bautismo. Llena de celo, antes de haber recibido el agua regeneradora se hizo el instrumento de Dios, para atraer gran número de catecúmenos á la Iglesia.

Por fin al cabo de cinco años, después de haber ido muchísimas veces á expresar su dolor á las Hermanas que la enseñaron, fué admitida, por Pentecostés de este año, á recibir el bautismo. Decir el gozo que la embargaba y como lo manifestaba de mil maneras, sería hacer la historia íntima de un alma que sale del poder del demonio para entregarse enteramente y con sinceridad á Dios: sus obras lo demostrarán mejor que las palabras.

Adagia es el nombre de la recién bautizada: es originaria de Ibusa, villa muy populosa que se encuentra á unos diez kilómetros al Oeste de Assaba. En su país natal existe, como se sabe, la costumbre bárbara de abandonar al borde de los caminos á los hijos gemelos, dejándolos que se mueran. El celo de nuestra neófita encontró allí su campo de acción, y después de su bautizo ha podido, gracias á la facilidad que tiene de entrar en las casas de sus parientes y amigos, administrar

el agua regeneradora á catorce criaturas, que luego fueron arrojadas al bosque, para servir de pasto á las fieras. En Assaba, gran número de estos pequeños seres son recogidos y criados por nuestras Religiosas. En Ibusa, donde aún se desconfía mucho de los blancos, todo lo que puede hacerse por ahora, es acechar el momento favorable para bautizar á estas tiernas víctimas de costumbres bárbaras, en espera de mejores tiempos. Adagia, que se gana honradamente la vida con el comercio de aceite de palma, ñames y otros productos en las distintas villas de los alrededores de Assaba, era la mujer escogida por la Providencia para propagar las verdades que venimos á enseñar aquí, y para abrir las puertas del cielo á gran número de niños.

La estación de Alla.—Prudencia.—En Isselé.—Otros pueblos paganos

La estación de Alla ha padecido mucho este año. La guerra civil estalló en la villa, y dió por resultado la dispersión de los vencidos, que fueron á llevar sus petates en diferentes direcciones más ó menos lejanas. En la época de las disensiones, que duraron unos tres meses, había mucho peligro para los Padres, y sobre todo, para las Religiosas, en aventurarse por fuera. No obstante, fueron bautizados tres adultos, y el grupo de catecúmenos fué aumentado sin cesar. Un joven de veinte años, que hace más de uno frecuenta la iglesia, nos hace concebir las mejores esperanzas para el año que viene.

Los principios son siempre lentos, y es preciso andar con prudencia á través de mil dificultades creadas por las costumbres del país. Un misionero, á su llegada de Europa, se verá expuesto á dar pasos en falso, á pesar de hallarse animado de los mejores deseos, por ignorar las exigencias de las leyes y costumbres del país.

El tal joven, todavía catecúmeno ha hecho administrar ya el bautismo á dos adultos, que se hallaban en mejores condiciones que él; varios niños le deben también el haber llegado hasta el cielo; éstos rogarán á Dios que allane todos los obstáculos que se oponen á que su bienhechor entre en el seno de la Iglesia.

Entre tanto, desaparecen las preocupaciones. Allí donde en otro tiempo los Padres eran recibidos con desconfianza, hallan ahora caras risueñas, ínterin llega el momento de fundar familias cristianas.

En Isselé antes de Navidad tendremos la dicha de ver un matrimonio cristiano, una buena familia, la cual hace casi un año frecuenta asiduamente la pobre capilla de la estación.

Varias veces me ha admirado la facilidad con que los indígenas se acuerdan de las verdades de nuestra santa Religión, y sobre todo el valor con que se burlan del respeto humano... En Isselé, como en Assaba, las costumbres que se refieren al matrimonio ofrecen muchas dificultades á los jóvenes convertidos. Pero así que esté bien establecido el primer grupo de familias cristianas, las preocupaciones desaparecerán, y la tarea se hará cada vez más fácil.

Mientras se trabaja con paciencia en esparcir la buena nueva, y se cosechan con legítima satisfacción los primeros frutos de los trabajos apostólicos, en medio de esta tribu de los ibos, dirigimos la mirada hacia

otros pueblos paganos, tanto más dignos de compasión, cuanto que nos consta que son el objeto del odio y la rapacidad de los musulmanes, que les dan caza y exterminan para satisfacer su avaricia y crueldad.

Cerca de Assaba vive una tribu pagana, conocida con los distintos nombres de kurukus, de ekperis ó de igneres.

Hace algunos meses fuí con un compañero para entablar relaciones con sus jefes, pero á pesar de todos nuestros esfuerzos nos fué imposible llegar al interior de su país.

El espíritu del mal, que no debe ver con gusto á los ministros de Dios que entran en medio de estos pueblos, nos suscita contrariedades capaces para hacernos renunciar para siempre á toda tentativa. A uno de nuestros portadores extranjero, por poco lo cogen y matan, y nosotros mismos, sin armas y sin defensa, sólo escapamos á un fin trágico por la protección especial de la Providencia.

GOLFO DE GUINEA

Situación de los Elobey.—Factorías y subgobierno.—Colegio.—Contingente de pamues.—Nueva iglesia

ESTA pequeña isla, escribe un Padre misionero del Inmaculado Corazón de María, situada á 1° latitud Norte y 16° longitud Este, frente á la embocadura del río Muni, á cuatro millas de la costa y 180 de Fernando Poo, tiene un perímetro de 800 metros de largo por 300 de ancho. Su bello aspecto forma contraste con la insalubridad de su suelo, que toma creces en la época del viento llamado armatán, que viene de la costa. Separada por un canal de una milla, se halla al Sur de Elobey Chico el islote denominado Elobey Grande, ocho veces mayor que aquél en extensión, habitado por unas 120 personas, y de poca importancia por la dificultad de fondear los vapores.

Las orillas del gran río Muni, habitadas por la raza pamue, abundaban en pequeñas factorías de comerciantes que explotaban inmensos veneros de riqueza consistentes en marfil, ébano, cauchú y otros productos; pero no considerándose los europeos seguros entre aquellas gentes, resolvieron establecerse en Elobey por ser la llave del Muni, formando tres grandes centros de comercio, los cuales se ofrecieron á pagar mil pesos cada uno para coadyuvar á los gastos del subgobierno establecido en dicha isla.

Esa favorable circunstancia del constante comercio establecido en Elobey con los moradores del Muni y sus afluentes, abonaba en gran manera el proyecto de nuestros misioneros de fundar allí un colegio donde fueran educados los niños del continente que pudieran recabar de sus padres en las diferentes excursiones emprendidas por la Misión. Poco tardó en ser el más floreciente por su número, que excedió en varias ocasiones de cien alumnos, y por su calidad, como originarios de la raza pamue, la más varonil é intrépida de todas las de aquella región africana, y al propio tiempo la más inteligente y susceptible de instrucción.

Eran de ver aquellas graciosas escenas en que los misioneros de la expedición, luego de haber anunciado

á los habitantes de los pueblos pamues su proyecto de llevarse al colegio de Elobey algunos niños para instruirlos en las letras, quedaban materialmente asediados de muchachos, todos pugnando por ser los preferidos, dándose no pocas veces el caso de llevar hasta doce de ellos en el pequeño bote de la Misión. Esa misma raza pamue ha dado un buen contingente de obreros á la escuela de artes y oficios de Santa Isabel, y á ella pertenecen las familias católicas del célebre pueblo de San José de Banapá.

El día 14 de Junio último, fiesta de la Santísima Trinidad, se bendijo solemnemente la campana para la torre de la nueva iglesia que debió abrirse al culto el día del Inmaculado Corazón de nuestra Madre Santísima en Elobey Chico. Tiempo ha que se hacía sentir la necesidad de una iglesia en esta isla. El ser residencia del subgobernador y de la guarnición, el centro del comercio de estos contornos, el número crecido de cristianos que cuenta, todo pedía para el culto divino algo más que una estrecha capilla. Pero el haber de atender los misioneros por sí mismos á todos los detalles del edificio, manutención, vestuario, etc., de los colegiales, la escasez de los operarios para obras de esta naturaleza, los dispendios necesarios para la obra, el hallarse los misioneros ocupados en la construcción de otras tres iglesias, todo esto era causa de diferir la presente, aun cuando se viera la necesidad. Mas al fin, vencidas en parte las dificultades, pusieron manos á la

obra, en la cual les ayudaron con sus limosnas el subgobernador y los factores sin distinción de cultos, y los pobrecitos indígenas con su trabajo. Ahora podrán celebrarse los divinos Oficios con alguna solemnidad, cosa que tanto atrae á los pobrecitos negros, quienes el día que vean celebrar Misa con terno no tendrán bastantes ojos para mirar. Está situada la iglesia junto á la Casa-Misión por la parte del Norte. Sus fundamentos son de mampostería, las paredes de madera y el tejado de cinc, según se usa en estos países. Podrá contener unas doscientas personas, y aunque el número de cristianos es mayor, como se hallan la mayor

parte diseminados en la costa y los afluentes del Muni, unas veces vienen unos y otras otros, siendo imposible reunirlos á todos, por lo cual será suficiente por ahora.

Para que nuestros lectores se formen una ligera idea de esta isla, les diremos que frente á ella por la parte del Norte se halla el continente africano y desembocadura del río Muni, cuyas márgenes y la de sus principales afluentes ocupa la tribu pamue. Los matorrales abundan al Sur de Elobey Grande, en el cual se instaló recientemente el cementerio para los indígenas que mueren en Elobey Chico: aquí no se inhuman sino los europeos.



GABÓN.—Aldea cerca de Librevilla. (Pág. 455)

DÁVAO (Filipinas)

Crueldades de los infieles. —Trabajos de los misioneros predecesores al Padre Urios.— Esperanzas fundadas de la conversión de todas las razas del seno de Davao.

El R. P. Saturnino Urios, de la Compañía de Jesús, escribe á su reverendo Padre superior:

CON ocasión de las confesiones hechas en San José de Samal, he ido viendo á unos y á otros y á muchos benditos samales, que no se me caen de la memoria.

He estado después de haber salido de Samal, en los demás pueblecitos de la costa Sudoeste, excepto en las Mercedes, que fué visitado en Febrero por el Padre Mateo Gisbert, acompañándole el P. Antonio Benaiges, donde bautizaron muchos taga-caolos.

Ya le habrán escrito ellos á V. R. Aquí llegaron contentos y satisfechos de los frutos de sus ministerios, y el Padre Benaiges, que yo

hice venir de Sigáboy para ejercitarse en las correrías por estos ríos y mares, dió por muy bien empleado su viaje acá, de donde V. R. nos sacó para ponerle en Caraga, que ya no ha vuelto él á Sigáboy.

Bueno es que sucintamente le diga á V. R. que el cumplimiento pascual ha ido bien, sin haber pasado en pueblo alguno novedad grave. La única novedad es que yo les estoy con sermones, conversaciones y de todos los modos llamándoles la atención, para que aumenten las poblacioncitas del Sudoeste; ya tienen iglesias y conventos, como en el Norte no se ven, en algunos pueblos donde reside el misionero.

En la cordillera, que alta y lozanamente corre el río de Dávao, teniendo las entrañas llenas de fuego, como lo confiesa el encendido Apo, tenemos hasta Santa Cruz un sin cuento de bagobos y guiangas que se dicen reducidos, y lo están tanto como el que nunca ha salido de la selva. ¿Qué importa que para ciertas cosas y menesteres de los pueblos y de los gobernadores y gobernadores salgan ellos á la luz meridiana, prestándose á trabajar algún día ó á vender ó á convenir voluntariamente con alguna cosa que sin mucho trabajo sacan del monte?

Esto sólo sirve de antifaz con que, como las máscaras en carnestolendas, se cubren el rostro. Ellos siguen matándose, esclavizándose y haciendo en sus fiestas á los dioses del campo, después de la recolección, sacrificios humanos. Ellos siguen por estar en su estado de salvajismo, impidiendo la entrada en el fondo de las

ser cristiano; porque cuando ya han abrazado nuestra Religión creen, y creen bien, que lo de antes se ha acabado, muriendo juntamente con la infidelidad que tenían.

También llevo entre cejas y muy montados sobre mi alma, causándole gran peso y sentimiento, los moros de este seno, á quienes les vamos hablando, para que ellos den cuenta de su Religión, invitándoles á conferenciar comparando lo que ellos profesan con lo que los españoles profesamos. Poco ó ningún talento revelaría el gran Mahoma, perturbador de medio mundo, si él hubiese inventado lo que siguen en punto á creencias estos moros, degradados, perezosos y villanos que se encuentran en el seno. Moros que no les queda ningún conocimiento de la religión del Corán, que ellos tienen en su poder y apenas si llegan á deletrear, no entendiendo palabra de lo que dicho libro contiene.



GABÓN.—Catequística indígena instruyendo á los niños. (Pág. 455)

tierras, para cuya conquista espiritual entiendo que nos tiene Dios nuestro Señor acá.

¿Si podré yo estar contento sabiendo que allá en los altos, por gente que nos suele visitar, ha sido muerta una mujer, por sólo haber quitado no sé qué cosa del campo? También un bilan de Sarangani, á petición de ciertos moros sanguiles, arremetió á una pobrecita vieja, al levantarse á las doce de la noche á calentarse al fuego, no pudiendo sufrir el frío de la noche, recogida y envuelta en su camita.

—No me mates, le dijo ella, que no he hecho yo cosa alguna, que tal castigo reclame ni delante de Dios ni delante de nuestros ancianos.

—Muere, vieja, que si no nos vamos á morir todos aquí en esta isla endemoniados por tí.

Dijo y la mató.

En fin, estos y otros actos de barbarie me incitan á mí á no dejar piedra por mover, en razón á que dejen tales irracionales bravuras, lo cual no se consigue sin

A V. R. no se le ha de ocultar mi intento, pues que bien se ve en los dichos que llenan mis cartas á V. R. No se trata de conversiones parciales, entrando uno hoy y dos mañana; aquél refugiándose á nosotros para librarse de la muerte de sus iguales los infieles; éste por contraer matrimonio con cónyuge cristiano; fuera de los que Dios toca y con espontaneidad todos los días se presentan.

Esto es ordinario y reina en todos los centros de nuestras Misiones vivas. Ahora se trata de una conversión colectiva de todas las razas de este seno; se desea que se introduzca una inclinación á nuestra Religión, que se vean venirse á ella por convicción y á grandes grupos. Esto, pues, es lo que yo estoy trabajando con moros sámales, bagobos, guiangas, taga-caolos, calaganes y manobos. Y todo será que comiencen unos ú otros, que los demás se seguirán con mucha facilidad.

Hay también una cosa ahora, que, tal vez nunca habrá

habido con tanta verdad, calidad y cantidad. Son muchos los que viendo al señor gobernador tan bien afectado por la Misión, y sabiendo que nada le gusta más á este señor que ver que cada uno se mantenga en su lugar, y que de él extienda su relativo poder é influencia á cuanto sea bueno y con buenos medios se promueva; son muchos, digo, los que al ver tal situación favorable, nos ayudan en tanta verdad, que se parecen á aquellos hombres principales que iban al lado del P. Pablo Pastells en el Pacífico, y junto á otro muy conocido mío, misionero de las cuencas de la tierra agusana.

Los frutos de los trabajos de mis antecesores, los fervorosos misioneros de Dávao, se van á recoger ahora. Aquí en Dávao se está sin cesar trabajando desde el año 1848. Sacerdotes de la benemérita Orden de los Descalzos de San Agustín comenzaron á labrar esta viña; posteriormente los de la Compañía de Jesús hasta el día de hoy no han cesado de trabajar. ¿Y esto no prepara un camino para salir en día dado á buen puerto? Desde uno á otro extremo de ambos senos Sarangani y Dávao, ha derramado el P. Quirico Moré sus evangélicos sudores; en Samal los PP. Pamies y Bobé; en Dávao el P. Puntas y Casasús. ¿No ha pasado en este seno el P. Mateo Gibert su más florida edad, consumiendo en evangelizar estas tierras sus catorce años, día por día, sin fallar ni un solo segundo en predicarles, arreglarles y acomodarles? El P. Barrado, P. Suárez, P. Perelló y P. Satorre, ¿han por ventura dejado de regar la semilla de la palabra de Dios infundida en el corazón del hombre por el sembrador apostólico? ¿Entro yo ahora aquí, donde ya llevo dos años, en campo inculto y desconocido? No y mil veces no: yo mismo veo á uno y otro lado iglesias cristianas, pueblos fundados y señales de que no hay nadie que no sepa el fondo de nuestra Religión, y lo que sea abrazarla dejando la infidelidad. Por eso voy yo aprovechando la propicia hora en que estamos á intentar lo que arriba digo.

¡Gloria y prez á los misioneros pasados! El Señor les bendiga, y ellos reciben mi parabién y la lealtad de mis sentimientos, refiriendo á sus trabajos el estado en que yo encontré estas fértiles comarcas! ¿Por qué saben que existe un Dios único, y trino en Personas? ¿Cómo saben el atributo de Dios nuestro Señor, el ser remunerador? ¿Por qué temen al infierno? Claro está que es porque lo han oído predicar. Y mire V. R., sabiendo tanto, y habiendo oído tanto, que teniendo sobre sí y ante sí tanto ejemplo de la vida civilizada, esto no obstante, si no se les bautiza no dejan los horrores de la infidelidad. ¿No me han dicho á mí, que siendo infieles han de profesar el credo infiel, la moral infiel y las costumbres infieles? Espero firmemente que en siendo cristianos, entonces lo serán de veras, dejando de veras lo infiel... Esto lo digo yo ahora, no porque no lo haya dicho otras veces, sino para que el que esto leyere se persuada que el paso fundamental y angular, sobre el que el infiel levanta los principios de su civilización, es el Bautismo, que le introduce la gracia necesaria para domar sus pasiones bestiales.

Este señor gobernador está admirado del fenómeno, tanto que no cesa de extrañar la eficacia del Bautismo en hombres que ya bautizados se creen tan firmemente

obligados á la vida cristiana, é imposibilitados para la vida infiel.

Estas reflexiones, que casi sin pensar se me han ido cayendo de la pluma, me han apartado de lo que yo historiándole, quería decir á V. R. sobre mi visita á estos pueblos.

El Señor nos bendiga, y V. R. encomiéndenos á El para nuestro acierto en cosa tan delicada, en que estamos ocupados por querer del cielo y elección de los superiores, que nos han encargado, aunque indignos, parte tan interesante de nuestras Misiones ultramarinas.

Creo que envié á V. R. un catálogo de oraciones y finezas que la casa de Vuelva ha ofrecido á Dios nuestro Señor, á petición mía, en orden á que los samales se convirtieran á la fe.

Yo estoy tan contento y esperanzado, que no sé cómo agradecer á los nuestros tanto interés. Es verdad que de todos se espera, y á todos interesa el tanto particular que nos encarga la obediencia, sin ser exclusivo de un solo sujeto el trabajo que se le encarga, si no es en el hacer de su parte todo lo que pueda para salir airoso, según á mí se me entiende. Pero esto no obstante, Vuelva esta vez se ha excedido en mirar con buenos ojos mis encargos, que yo espero que Dios les oiga.

Visita de las Reducciones de Matina, Santa Cruz, Astorga y Malálag; bautizan á cinco y casan ocho parejas

Desde Malálag (Dávao), escribe el R. P. Antonio Benaiges, también de la Compañía:

A MADÍSIMO en Cristo Padre Superior: Como ve V. R., escribo desde Malálag, á donde llegue hace cuatro días con el P. Gibert, á quien, con mucho gusto mío, dispuso el P. Úrios acompañara yo en esta expedición apostólica á los pueblos del lado de acá del seno de Dávao.

Llamado al efecto por el P. Úrios, salí de Sigáboy el día 4 del actual embarcado en el parao de casa con el P. Llopart hacia Luzón; á donde tenía que ir el Padre para visitar aquel pueblo y activar algunos trabajos de renovación en la iglesia del mismo, los cuales se emprendieron á nuestra llegada. Yo fui á Luzón, aprovechando el viaje del P. Llopart, con el objeto de tomar allí el barco del chino Choá, que desde allí volvía directamente á Dávao sin pasar por Sigáboy.

Efectivamente: el jueves día 11 por la tarde me embarqué en la lorcha de Choá, con rumbo á Dávao, y al amanecer del viernes estábamos ya cerca Samal; pero Dios quiso que arreciara un viento Norte que nos hizo danzar al compás de las olas y no nos dejó llegar á Dávao hasta el domingo por la mañana, en que tuve el gusto de abrazar á los Padres y al Hermano de aquella residencia, y el consuelo de celebrar la Misa del Santísimo Nombre de Jesús.

En Dávao estuve hasta el jueves 18, en que emprendimos nuestra excursión el P. Gibert y el que esto escribe á bordo de la banquita del convento, con rumbo á Matina; mientras quedaba el P. Úrios disponiendo lo necesario para su proyectado viaje al río Tagum, á donde sabemos que ha ido ya, para echar los cimientos de algunos pueblos ó Reducciones que por allí piensa establecer.

En el trayecto de Dávao á Malálag hemos hecho escala ó parada en varios puntos, cuales son: Matina y Daliao el primer día; Astorga el segundo; desde donde nos fuimos y llegamos al siguiente día sábado á Santa Cruz, en donde nos detuvimos hasta el martes por la mañanita. Este pueblo va tomando cada día mejor aspecto y dando señales de mucha vida, á lo cual contribuye no poco el celo y actividad del buen teniente Angel Brioso, que lo lleva á pedir de boca.

Al salir de Santa Cruz la madrugada del 23, pensábamos llegar aquel mismo día á Malálag, pero á medida que íbamos adelantando á fuerza únicamente de remos, se iba el mar embraveciendo, y tanto se alborotó, que las atrevidas olas se nos metían dentro de la camareta y nos lavaban la cara, llenando de agua nuestra pobre banquita. La cual por fin después de algunos momentos de lucha y de zozobra, pudo tomar seguro puerto en la desembocadura del río Padada, sin otro percance que haberse mojado los pasajeros y parte del cargamento que llevaba. Yo pensé si sería aquella la segunda edición ó el complemento del chubasco que nos cogió con V. R. no muy lejos de aquí; pero también me animaba el pensamiento del Señor, á quien obedecen los vientos y el mar: que al fin no hay como entrar en ella para aprender á orar y á poner en Dios la confianza.

En Padada nos vimos obligados á pasar lo restante del día y la noche en una nueva y pequeña Reducción que allí hay; pudiendo salir el día siguiente y llegar sin novedad á Malálag, de donde pensamos partir ya mañana, regresando poco á poco á Dávao, para estar todos allí á la llegada del correo.

Para decir algo de nuestro ministerio, el domingo pasado en Santa Cruz tuve el consuelo de administrar doce bautizos y un matrimonio. Asimismo al pasar por Matina, mientras el P. Gibert presidía un *pajusay* que se hacía en el tribunal, yo baticé un parvulito y una niña de siete á ocho años. Algunos también tengo ya bautizados aquí en Malálag, y hemos convenido el P. Gibert y yo en que corra á cuenta suya el instruir y preparar á los que hayan de bautizarse, tomando yo por la mía echarles el agua del santo Bautismo. Quiera Dios nuestro Señor que éstos no sean más que el principio ó la vanguardia de los muchos millares de nuevos cristianos que deseo, aunque indigno, presentar y ofrecer á nuestro divino Rey y Señor.

Es cosa que consuela en gran manera ver el respeto y la dulcedad con que estos infieles se presentan y escuchan al Padre, mientras les está él explicando los altísimos misterios de nuestra santa fe, valiéndose ya de las láminas de un libro en que están aquéllos representados; ya de su crucifijo, verdadero libro de la vida en que el mismo Cristo habla á estos pobres infieles.

Nada diré á V. R. de la confianza con que no sólo los cristianos, sino también los infieles de aquí acuden al P. Gibert en todas sus contiendas y enredos. Nada de la larga paciencia con que el dicho Padre les escucha en aquellas interminables secciones públicas y callejeras que bien pudieran llamarse *parlamentarias*. En ellas, ya lo sabe V. R., se discuten en formas rústicas, sí, pero enérgicas y elocuentes, cuestiones muy complicadas á las veces; apurándose hasta el extremo y

triturándose las dificultades que van surgiendo. Todo lo cual es capaz de volver tarumba á cualquiera que no sea el P. Gibert, al cual se le ocurren soluciones y arreglos tan satisfactorios, que á unos y á otros deja contentos y satisfechos. Podría confirmar lo dicho con algunos ejemplos; pero empiezo á recelar no me haga molesto y pesado á V. R. que ningún motivo, dado para eso.

Dávao, 6 de Febrero. Llegamos ayer felizmente á Dávao, encontrando al P. Úrios y á los demás de casa buenos y sin novedad, gracias á Dios.

Los trofeos de esta campaña ó escaramuza han sido entre otros 50 bautizos y 8 matrimonios bendecidos.

LOS CHAMES Y SUS SUPERSTICIONES

POR EL R. P. DAMIÁN GRANGEÓN, MISIONERO EN COCHINCHINA ORIENTAL

I.—Estado material y político (continuación)

SU PRESENTE

COMERCIO.—Con una industria y una agricultura tan poco desarrolladas, el comercio no puede menos de ser nulo. Consiste casi únicamente en el cambio de arroz con los artículos de primera necesidad.

La pesada é incómoda sapeca anamita es la única moneda corriente. Empieza, sin embargo, á circular como en el resto de la Indochina, el peso mejicano, cuyo valor por término medio es de 3 francos, de siete *ligaduras* anamitas.

Por temor supersticioso á alguna desdicha los chames no construyen por sí mismos sus habitaciones: encomiendan este trabajo á los anamitas. Por la misma razón sólo emplean maderas sin labrar, quitándolas tan sólo la corteza. La rama del cocotero acuático, tan apreciada en la Baja-Cochinchina, de ninguna manera la utilizan para los techos: igual prohibición hay para las tejas: la paja de arroz es lo único que consideran inofensivo. Así sus chozas son bajas y de mezquino aspecto.

Cada miembro adulto de la familia, y con mayor razón cada familia, posee la suya. La empalizada que las rodea en un recinto común, debe formarse exclusivamente con palos cortados. Están severamente interdictos los setos vivos y toda clase de plantaciones. Así es sofocante el calor que se siente en los alrededores de las pobres aldeas chames. Raras veces algunas casas anamitas les dan escasa sombra y verdor. ¡Qué amo tan exigente es el diablo! ¡Y eso no es más que un pequeño ejemplo de su tiranía!

División del tiempo.—Los años están agrupados en ciclo duodenario con el nombre de doce animales, y comienzan en Abril-Mayo. Los doce meses lunares tienen treinta días unos, y otros veintinueve, y se les designa por su número de orden: primero, segundo, etc., salvo los dos últimos, que tienen nombres particulares. Cada tres años añaden un mes intercalar para alcanzar la luna, que ha marchado más aprisa que el almanaque.

La semana corresponde exactamente á la nuestra. Lo mismo sucede con el nombre de los días, tomados todos de los planetas.

Sus doce horas son dobles que las nuestras; pero se



SANTA TERESA DE JESÚS DANDO CUENTA AL PADRE PROVINCIAL DE SU CONDUCTA EN LA FUNDACIÓN DEL CONVENTO DE SAN JOSÉ

(Cuadro de F. Mercadé)

dividen en ocho partes, cada una de las cuales equivale á nuestro cuarto de hora. Por lo demás, no tienen ningún cronómetro. Determinan la hora aproximadamente, de diferentes modos: por el canto del gallo, por el comienzo de la aurora, por la salida del sol, por el crepúsculo vespertino, por el anochecer, por la altura del sol en el horizonte, por la longitud de la sombra, por el tiempo necesario para cocer una olla de arroz ó machacar cierta medida de betel. No son más ingeniosos los anamitas. Para estos pueblos, que prefieren los goces á los tesoros, el tiempo no es dinero.

Tienen sus días de reposo, como los cristianos, y los santifican con la abstención de obras serviles, excepto en caso de necesidad. Singularidad típica: en tales días pueden adquirir, tomar prestado, cobrar un crédito; pero les está prohibido vender, prestar, saldar una deuda. En una palabra: pueden recibir, pero no dar.

II.—Creencias y prácticas supersticiosas

Tocante á religión los chames se dividen en dos clases, que viven en buena armonía, aunque raras veces en los mismos pueblos. Son los paganos ó gentes de raza, y los musulmanes ó *banis*, es decir, *los hijos del Profeta*: estos últimos forman un tercio solamente de la población total. Su conversión al Corán, libre ó forzada, no les ha impedido conservar muchas prácticas idolátricas. Por su parte los que permanecen paganos, les han tomado más de una noción dogmática. A pesar de la confusión de estas concesiones mutuas, los sectarios de una y otra doctrina se distinguen perfectamente.

Los paganos queman sus muertos; los mahometanos los entierran. A los primeros les gusta mucho la carne de cerdo, aunque apenas los crían, mientras que los segundos profesan al animal impuro todo el horror de los verdaderos hijos del Islam. En cambio, los musulmanes comen gustosos carne de buey, mientras que los paganos generalmente se abstienen de ella.

—Es uno de los animales, dicen, que transportan los muertos al otro mundo.

Los mahometanos, finalmente, practican la circuncisión á la edad de quince ó dieciséis años.

Las nociones de los chames paganos sobre Dios y el origen de las cosas son reducidas y muy embrolladas. Para el mayor número, Dios es el cielo sobre sus cabezas, y el cielo es Dios. Con todo, parece que le reconocen la eternidad, la omnipotencia, la bondad y la justicia.

«El cielo es nuestro padre, y la tierra nuestra madre», afirman; ó también: «El cielo y la tierra han engendrado todas las cosas.»

Así cada población ofrece anualmente al cielo un sacrificio solemne. Estos datos, sin embargo, tienen tanta semejanza con la teodicea y el culto anamitas, que desde luego se conoce fueron más ó menos copiados.

Un tratado para uso de los paganos de Phan-Rong contiene estas explícitas aserciones:

«La nada y las tinieblas salieron del soplo del dios inmaterial, que existe por sí mismo en el espacio infinito, á quien nadie creó y que nadie tiene suspendido. Todos los seres han sido creados por él.»

Estas nociones, sobrado exactas para haber germinado en un cerebro pagano, son evidentemente, como

lo prueba el contexto, un eco de las doctrinas musulmanas. Como verdaderos indios, en efecto, los chames han colocado en su panteón todos los dioses y diosas que han conocido, sin contar la multitud de los que ellos mismos han inventado. Entre éstos cuéntanse *Orlch* (Alá), *Mohamat*, *Poadam*, los ángeles, los santos del Islamismo, en indescriptible confusión con las divinidades nacionales.

Diremos algo sobre las principales de estas últimas.

Po-nagar, adornada con el título de *Madre del Reino*, no es otra que la Bagavathi de los indios, la esposa de Siva, singularmente desfigurada por los chames ignorantes. Han hecho de ella ante todo la diosa de la abundancia y de la agricultura, una verdadera Ceres oriental, que tiene su principal santuario en Khanh-Hoa, á la entrada del río de Mha-Trang. Es el más notable y el mejor conservado de los monumentos chames. Según una inscripción, data de los primeros siglos de nuestra era, y reemplazaba un templo más antiguo. Unicamente los anamitas se entregan hoy allí á sus supersticiones, pues ya no queda un solo cham en la comarca.

Po-Rome y Po-Klong-Glarai son sencillamente reyes ó personajes reales que, divinizados por la leyenda, han destronado antiguas divinidades. Sus atributos especiales están muy mal definidos. Cada uno de ellos tiene su templo en la llanura de Phan-Rang.

Tanto al uno como al otro la tradición los supone hijos de una madre milagrosamente fecunda al beber agua que filtraba por maravilla á través de una roca. Este hecho prueba que aun á los ojos de estos pobres salvajes una maternidad virginal no es superior al poder del cielo: los chames dan así una lección á los blasfemadores de Cristo y de su Inmaculada Madre.

Estas tres divinidades de primer orden son las únicas que reciben el culto oficial de toda la población. Debajo de ellos son numerosos los dioses secundarios, y más numerosos aún los dioscellos ó genios locales.

Treinta años atrás dos hombres, al cavar un canal cerca de su aldea, descubrieron una piedra algo labrada. Al divulgarse la noticia, todos los habitantes acudieron con gran ceremonia á buscar al dios recién hallado, edificáronle un albergue y un altar, y le tributaron rendidos homenajes. Dos hombres y una mujer se declararon sus ministros, y desde entonces le invocan en las grandes festividades y cuando lo piden enfermos devotos.

Chames de Phan-Ry, sabios letrados, pretenden que el rey Nhang-In es el más grande de todos los reyes. Rey y dios, dios y rey es lo mismo en el espíritu de estos tolerantes filósofos. Invócanle especialmente en tiempo de sequía. Esto es todo lo que se sabe de este príncipe de los dioses.

Después de la cuestión de Dios, la más grande preocupación del hombre razonable es la de su alma. ¿Cuál es su naturaleza y su destino? Sobre esto los infelices chames sólo tienen nociones confusas. Su culto de los muertos, sin embargo, prueba su fe en la inmortalidad del alma.

«La cremación que practicamos, dicen, es el símbolo del espiritualismo de nuestras creencias, porque su ele-

vacación tiende á sublimar las almas hacia las esferas superiores.»

Pretenden, además, que destruye la corrupción moral con la corrupción física. Semejante doctrina parece tiende á tranquilizar á los vivos sobre su suerte de ultratumba.

No todas las almas, aun después de su cremación, son perfectamente felices. Viven errantes por el mundo, en los campos y los bosques, cerca de sus cenizas y de su antigua habitación, recompensando á aquellos que les honran, y no pocas veces acarreado desdichas á los descendientes ingratos que les rehusan los sacrificios que apetecen, pues á lo que parece no están completamente libres de las necesidades corporales.

Las almas de los niños muertos al nacer ó en tierna edad, eligen domicilio en el cuerpo de diversas especies de roedores y trepadores: ratones, ardillas, monos, etc. A veces se aparecen en sueños y piden á los padres la ofrenda de un presente especial: arroz tostado, cocos, flores, etc. Estos satisfacen fielmente peticiones tan moderadas, tributando desde entonces á esos genios de la familia un culto de veneración y de preces, y si poseen un caballo, lo consagran á habitación de tales dioses domésticos. Un animal de color blanco es el más digno de semejante honor. Desde entonces es sagrado, y no puede perderse ni ser robado, pues todo poseedor ilegítimo enfermaría inmediatamente. Venderlo sería asimismo un sacrilegio muy peligroso. Es preciso, por el contrario, cuidarlo con delicadeza, y no montarlo nunca, dejándole tranquilo hasta que sucumba al peso de los años. El genio tiene que buscarse entonces otra morada, pues los padres ya no están obligados á darle habitación tan suntuosa.

CARTAGO

NECRÓPOLIS PÚNICA DE LA COLINA DE SAN LUÍS

POR EL P. DELATTRE, DE LOS MISIONEROS DE ARGEL



VIII.—Excavaciones practicadas en 1892 y 1893

(Continuación)

VÉANSE otras dos figuritas en las cuales aparece, si no el arte egipcio puro, por lo menos la influencia profunda del Egipto. Una y otra son de arcilla llena, y plano el dorso. En la mayor, únicamente se vació la parte posterior de la cabeza. Estas dos figuritas tienen un agujero en el extremo superior para colgarlas. Hemos recogido en una misma tumba varios ejemplares de la más pequeña. (V. la figurita n.º 1).

La otra fué hallada recientemente en la necrópolis por oficiales que yendo de paseo se entretuvieron en rascar el suelo. Estos señores tuvieron la delicadeza de traérnosla en seguida para el Museo. En esta especie de momia, la expresión y la perfecta conservación de los rasgos del rostro, la disposición de las trenzas de la cabellera, bifurcándose por ambos lados del pecho, y por último el cinturón con los extremos terminados con una franja, son otros tantos pormenores dignos de llamar la atención. (V. la figurita n.º 2).

En la figurita n.º 3 domina la influencia griega, y aun puede ser que fuese fabricada en una de las islas del Archipiélago. Esta estatuita, de ciento treinta y tres milímetros, fué moldeada en hueco, con base abierta y agujero de ventilación, de forma rectangular en el dorso. Representa una diosa sentada. Ciñe su cabeza una corona ó especie de diadema, y tiene las manos sobre las rodillas.

Finalmente, para agrupar en esta noticia las piezas más interesantes salidas de la necrópolis de Byrsa, describiré una grande y bella moneda púnica.

Es un disco de bronce, de caras planas y paralelas, de seis milímetros de grueso, y pesando algo más de noventa y seis gramos.

La cara principal ofrece una hermosa cabeza de diosa, vista de perfil y vuelta hacia la izquierda.

La otra cara, ó reverso, lleva el caballo cartaginés en pie, visto de perfil y mirando hacia la derecha. En el campo, por arriba, reconócese el globo solar rodeado de *uræus*.

Esta moneda es una de las mejores muestras de la numismática cartaginesa. No puede menos de verse en ella la mano hábil de un artista griego, probablemente de Sicilia, en donde se cree que Cartago, desde fines del siglo V, hizo grabar y acuñar su numerario.

Estas diversas piezas, que me he propuesto hacer notar aquí, presentan tantas muestras de distintas influencias como se ofrecen en los productos de importación y en aquellos que hay que atribuir al arte local.

Explorando completamente el terreno de la necrópolis púnica de Byrsa, cavando la colina hasta la roca, encuéntranse construcciones de diversas épocas representando en junto un período de unos dos años (1).

Ya se ha visto que buscando sepulturas púnicas, con frecuencia hemos tenido la agradable sorpresa de hallar monumentos cristianos. Así es como hemos encontrado un fragmento de placa de mármol blanco en el cual se lee la palabra REGIO, expresión que designa uno de los barrios de la ciudad. La Cartago cristiana estaba dividida, á imitación de Roma, en siete regiones, teniendo cada una su clero especial. Los documentos antiguos nos han conservado el nombre de muchas iglesias de Cartago con la indicación del barrio (*regio*) donde radicaban, y nosotros mismos hemos recogido en un cementerio cristiano el epitafio de un lector perteneciente á uno de estos distritos eclesiásticos.

Muy recientemente todavía, al abrir una zanja en el flanco S. S. E. de la colina, para alcanzar el orificio de un pozo cuadrado que debe terminar en una cámara funeraria púnica, las excavaciones nos han conducido á una capilla subterránea del siglo IV ó V. Confieso que nunca descubrimiento alguno me ha producido tan viva impresión. Mi emoción fué grande, en efecto, cuando á la luz de una bujía vi aparecer en la pared de la cámara un personaje en pie, imberbe, pero de facciones particularmente enérgicas, coronada la cabeza con un nimbo, vistiendo el traje episcopal, y levantando la mano

(1) Una bella columna de granito gris, hallada en las excavaciones, se podrá junto al altar mayor, en la Catedral de Túnez con otra columna descubierta entre la necrópolis púnica y el pueblo de Duarech-chott.

derecha en actitud de bendecir. Tenía ante los ojos la imagen de un Santo, de un Santo de Cartago, y no pude menos de pensar en San Cipriano.

Esta capilla subterránea, á la que se entraba por varios escalones y un corredor, mide cinco metros cincuenta centímetros, por tres metros ochenta. Su pavimento era de mosaico blanco orlado con un sencillo filete negro. La bóveda es de aristas, y la pintura al fresco está en la arcada mediana del fondo. El conjunto debía ofrecer á las miradas de los piadosos peregrinos las imágenes de tres santos personajes y otras figuritas accesorias.

La capa que cubre el doble muro del corredor conserva cruces y monogramas trazadas por los cristianos.

Así es como, buscando los restos de la Cartago púnica, se ha tenido la suerte de encontrar monumentos romanos y de recoger preciosos recuerdos cristianos.

Volvamos, al terminar, á la parte principal de las excavaciones de la necrópolis púnica. Situándose en este punto del terreno explorado, la vista abraza de una sola mirada tumbas púnicas de cinco á seis siglos antes de nuestra era, muros de construcción romana de cuatro ó cinco edades diferentes, y por último las ruínas de una habitación bizantina y los restos de un antiguo cementerio árabe. Este cuadro arqueológico, del que puede formarse idea por el plano del terreno que dimos al principio de esta noticia, es hoy para los numerosos sabios que visitan á Cartago una verdadera «lección de cosas.»

EL P. DAMIÁN DE VEUSTER

DE LA CONGREGACIÓN DE LOS SAGRADOS CORAZONES, APÓSTOL DE LOS LEPROSOS

VI.—OBRAS DEL P. DAMIÁN.

Es indudable que, á pesar de las fuerzas y de la energía del P. Damián, sólo las necesidades espirituales del lazareto hubieran bastado para arrearle, si al darle Dios corazón y entrañas de apóstol, no le hubiera dotado del espíritu organizador, ese genio de la caridad, que con cortos recursos lleva á feliz término innumerables empresas.

Ante un pueblo entero de paganos, herejes, apóstatas y cristianos perdidos, que caían heridos de muerte como cae la mies bajo la hoz del segador, el intrépido misionero exhaló un grito de dolor. En su abrasada caridad hubiera deseado convertirlos á todos de una vez, pues todos necesitaban de su ayuda; mas, ¿cómo instruirlos á todos? ¿cómo prepararlos al bautismo, á la primera Comunión, y en particular, al último trance de la muerte? Diseminados como se hallaban en un espacio de cinco kilómetros, no quedando ya á la mayor parte fuerzas bastantes para arrastrarse hasta la iglesia, catequizarlos uno por uno era empresa interminable.

Diéronse la mano la prudencia y la caridad, y una luminosa idea cruzó por la mente del abnegado misionero.

—¿Queréis ayudarme á salvar á nuestros hermanos? dijo enternecido el joven sacerdote á algunos leprosos, animosos todavía para andar, despejados y buenos cristianos. Sed mis *luna* (catequistas): Dios os bendecirá.

Y estableció al instante tres ó cuatro centros de reunión por aldea, medida que facilitaba á los mismos imposibilitados los medios de oír la palabra divina, cantar y rezar en común.

Con la ayuda de estos *luna* que presidían las reuniones, bastábale al P. Damián ir de uno á otro centro, como el general que se mantiene continuamente al lado del soldado, para sostener el impulso ya dado. A su vista, rebotaban de gozo todos los semblantes: se hubiera dicho que un destello de la luz celeste hendía los aires para iluminar las lóbregas estancias de los abandonados por un mundo inexorable. ¡Qué gozo, qué alegría, qué consuelo no experimentaban aquellos infelices desterrados, al ver y escuchar, al comprender é interrogar á ese joven sacerdote que tan cariñosamente les amaba, que se creía ya uno de ellos, que sólo se dirigía á ellos diciendo: *Nosotros los leprosos* y que todo lo había sacrificado por su alivio!...

Todos, empero, no gozaban de tan encantador espectáculo: los había paralíticos, ciegos, empedernidos, á quienes nunca se veía en tan piadosas reuniones. No se me escaparán pensaba el P. Damián, y diciendo y haciendo estableció dos Cofradías: una de hombres y otra de mujeres; ambas con encargo de visitar á los enfermos que él no podía instruir y consolar; y de este modo, comunicóse el ardiente celo del pastor á la mejor parte del rebaño, contribuyendo á la pronta conversión de las ovejas descarriadas.

Dicen los Santos que la caridad es dulce, afable, risueña, serena, y que, como al influjo del sol, todo se alegra é ilumina en torno suyo. Un lazareto presenta por lo común aspecto sobremano triste: sólo se ofrecen á la mente lúgubres y desoladoras ideas: el destierro, la fealdad, los dolores, la muerte. El lazareto de Molokai, en particular, presentaba el cuadro más desgarrador.

«Desde que me levanto hasta que me acuesto, escribía el P. Damián en 1874, me veo rodeado de todas las miserias físicas y morales: muéstrome, á pesar de todo, risueño y afable para animar y esforzar á mis queridos enfermos.»

Procuróles, para aliviarles, algunas distracciones, como solemnidades religiosas, frecuentes ejercicios, flores de Mayo, espléndidas procesiones. Misas con música... Mas, para derramar algún consuelo en sus afligidos corazones, hizoles levantar los ojos al cielo, y presentóles la muerte como feliz término de sus desgracias; y ellos, animados y fortalecidos, veíanla llegar con edificante resignación, y muy á menudo con santa alegría.

—¿Cuándo iremos á gozar de la presencia de nuestro Dios? cantaban las huerfanitas por él recogidas. ¡Cuándo volaremos de este valle de lágrimas y te contemplaremos en el paraíso, oh dulcísimo Jesús!

Fué el pensamiento del cielo para Molokai, lo que la flor de los prados en el fresco valle: bien pronto trocó en grata y deliciosa la desgraciada existencia de los mortales; y cuando algunos viajeros se acercaron á contemplar aquella inmensa tumba, no daban crédito á sus ojos y lo atribuían á milagro; pues esperando ver en ella infelices desesperados, sólo encontraron cristianos resignados é hijos del cielo.

«Pregúntome á menudo, dice el Sr. Clifford, si no se gozan en el lazareto placeres desconocidos en otra parte. (1889).»

«Es indudable, dice la Sra. Craven, que los leprosos no desearían la curación, si se les obligara á salir de Molokai después de sanos.»

Gozábanse, en efecto, en Molokai, delicias y placeres ni siquiera imaginados por los grandes del mundo. Había infundido el P. Damián en sus neófitos la piedad tierna, la devoción afectuosa, la generosa abnegación que truecan en delicias los más atroces tormentos, y son patrimonio exclusivo de algunas almas abrasadas del amor divino.

«Agudos son vuestros dolores, decía el buen pastor á sus desgraciados feligreses, mas consolaos: en medio de nosotros tenemos el alivio de nuestros padecimientos: acudid, acudid á Jesús en el adorable sacramento de la Eucaristía: El os consolará.»

Y una multitud de enfermos se acercaban todos los domingos á la Sagrada Mesa; conmovedor espectáculo, que despierta el recuerdo de la escena evangélica de los diez leprosos clamando al divino Maestro: «¡Señor Jesús, ten piedad de nosotros!»

No bastaba, empero, la Comunión frecuente, pues recíbese en ella más de lo que se da, y quería el Padre Damián que sus pobres fueran pródigos con el Señor. Díjoles por tanto un día:

—La ingratitud de los hombres ofende todos los días á nuestro amado Jesús, que tanto nos quiere: vosotros mismos ¿cuántas veces no le habéis ultrajado? ¿No sentís la necesidad de reparar tanta ingratitud?

Organízase al punto la *Adoración reparadora*, desarrollándose en breve hasta llegar al heroísmo la abnegación de los neófitos.

«Acabo de fundar la *Adoración perpetua* en las dos iglesias del lazareto, escribe el P. Damián en 1879; y aunque es algo difícil que las adoraciones se sigan sin interrupción, por los achaques de nuestros adoradores, véolos sin embargo con mucha edificación mía, tendidos en el lecho de dolor, en fervorosa oración, cuando no pueden ir á la iglesia para hacer la media hora de vela señalada. Paréceme que los Hermanos y Hermanas de nuestra amada Congregación no se enojarán cuando

sepan que también tienen imitadores é imitadoras entre los mismos leprosos, y que, sobre todo, no les desecarán en el cielo, á donde creo que muchos de mis hijos se les han anticipado.»

«Cuando alguno de aquellos infelices se dormía en el suave ósculo del Señor, dice el R. P. de Vos, de la Compañía de Jesús, él mismo le deba sepultura con sus propias manos, y, si el tiempo lo consentía, le hacía el ataúd.» Lleváronle cierto día un cadáver envuelto tan sólo en una mísera sábana.

—¿Y el ataúd? preguntó asombrado el P. Damián.

—No le hay, le respondieron.

Nada tenía el infeliz, y el Gobierno no ha comprendido en el presupuesto el coste de las sepulturas.

—¡Bien! respondió tristemente el celoso misionero; en adelante correrán por mi cuenta.

Dícese que mientras estuvo en Molokai hizo más de mil ataúdes.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que lance tan imprevisto hirió rudamente el tierno corazón del segundo Tobías, y en consecuencia fundó una obra que floreció en breve al lado de las ya establecidas: llamábase esta obra *La Funeraria*.

Establecióse con el doble fin de vigilar y procurar la decencia en los entierros, y fortalecer así el decaído espíritu de aquellos infelices, con el consolador espectáculo de la pompa fúnebre de la liturgia.

Desde entonces, un día de entierro en Molokai era un día de fiesta. ¡Con tal gravedad y orden se movía el cortejo fúnebre! ¡con

tanta piedad los Cofradías, música y clero! Reflejábase en todos los semblantes la alegría más bien que el dolor, pues para tan desgraciado pueblo era la muerte término del padecimiento y principio de la felicidad eterna. Distingúense los cofrades de *La Funeraria* por un banda roja ó blanca: llaman á los fieles, ordenan la marcha y procuran se lleven á cabo las ceremonias con la mayor pompa posible.

La última de las obras del P. Damián, su obra predilecta, fué un *Hospicio para niños leprosos de ambos sexos*. Fundólo antes de 1878, y gracias á la intervención del Gobierno havaiano y á las numerosas limosnas que de todas partes le vinieron, desarrollóse esta obra rápidamente. Consagróse á la educación de las niñas una piadosa viuda no atacada de lepra, en-



LEÓN HARMEL, misionero seglar en la Europa... civilizada. (Pág. 454)

cargándose el P. Damián de la dirección de los niños. Necesitaba, empero, dicha empresa de local muy espacioso; volvió por tanto á tomar otra vez las herramientas de carpintero, y construyó para sus niños agradables y bien oreadas habitaciones, que, por desgracia, siempre han estado ocupadas hasta el presente, contando, á la muerte del P. Damián, un centenar de huérfanos.

He mea lealea no u Kahana Kamana: Me gusta el oficio de carpintero, escribía el P. Damián al reverendo Padre Provincial. En efecto; el intrépido misionero que instruía á sus neófitos, visitaba á los enfermos, asistía á los moribundos y daba sepultura á los muertos; el cariñoso padre que dirigía solícitamente el Hospicio proveyéndole de alimento, y enseñaba á los huérfanos á plantar el taro y la patata dulce; el humilde sacerdote que por más atareado que se viese, nunca dejó de rezar el Breviario y el Rosario, tenía tiempo todavía para labrar madera y piedra, y construir iglesias, casas...

Derribó una tempestad en una sola noche la mitad de las chozas de sus neófitos; al día siguiente ya estaba trabajando para reparar el desastre, y no paró hasta que el último de sus feligreses se vió alojado en una de las lindas y aseadas casitas, que tan halagüeño aspecto dan á la playa de Molokai. Cuando hubo hecho la iglesia de Santa Filomena de Kalawao tres veces mayor de lo que antes era, edificó otra en Kalaupapa, y además otras dos en diversos puntos del lazareto, y llegó su ardor hasta edificar una fuera de él, haciendo al par que de arquitecto, albañil, carpintero y pintor, de médico, enfermero, magistrado, maestro, camarero y sepulturero.

Nada se emprendió en favor de los leprosos, en que él no tomara la parte más activa. Hombre capaz de todo, como decia un diario havaiano, nunca dejó de dar y de darse á sí mismo bajo todas las formas de la caridad, haciéndose leproso con los leprosos para ganarlos á Nuestro Señor Jesucristo.

CONGREGACIÓN DE MISIONEROS OBLATOS DE MARÍA INMACULADA

EL amor á los pobres, el más ardiente celo para su salvación eterna fué lo que impulsó á fundar la Congregación de los Oblatos de María al R. don Carlos José Eugenio de Mazenod, que murió siendo obispo de Marsella.

Vino al mundo el 1.º de Agosto de 1782 en Aix, antigua ciudad de Provenza, en Francia. Hijo de una familia tan ilustre por su piedad como por su nobleza, pasó los años de la juventud sufriendo todas las privaciones del destierro, al cual la Revolución francesa condenó á sus padres, pasando éstos como emigrados sucesivamente á Turín, Venecia, Nápoles y Palermo. En Venecia fué donde se desarrollaron los gérmenes de la vocación sacerdotal en el joven D. Carlos, y no dudó en manifestárselos á un tío suyo, que para apartarle de tales ideas le representó que, si se ordenara de sacerdote, vendría á extinguirse su familia; á lo que contestó: «Nada honraría tanto á nuestra familia como el terminarse en un sacerdote.» Y el hecho fué que con dos

obispos se acabó la estirpe de los Mazenod de Provenza.

Vencidos ya los obstáculos que se oponían á la realización de sus deseos, y renunciadas generosamente las ventajas mundanas con que se le brindaba, pudo en fin el joven ingresar en el célebre seminario de San Sulpicio, en París.

Terminados sus brillantes estudios, recibió las sagradas órdenes el 21 de Diciembre de 1811, y desde luego se dedicó con extraordinario ardor á obras de caridad y celo.

A más de inspirarle el pensamiento de una comunidad de apóstoles, Dios le suministró los primeros elementos con que constituirla en la persona de D. Francisco de Paula Tempier, joven y diligente presbítero, que á la sazón desempeñaba el cargo de teniente párroco en Arlés.

El 25 de Enero de 1816, día en que celebra la Iglesia la Conversión de San Pablo, el gran Apóstol de las gentes, lograron reunirse ambos amigos para dar principio á su obra apostólica. Con ellos congregáronse algunos otros sacerdotes, y todos entraron en un antiguo convento de Carmelitas de Aix, para vivir la vida de comunidad. Allí en aquella casa, cuya pobreza y desnudez recordaba la del portal de Belén, se dedicaron á ejercicios espirituales y prácticas de penitencia, hasta que lleno el espíritu de apostólico ardor, comenzaron las santas Misiones.

Siguieron predicando el Evangelio en Provenza y vecinas comarcas, con fatiga excesiva, pero sobradamente premiada por abundantes frutos. Pasaron algunos años, persuadidos de que les convendría formar una sola misma familia, unida con los inquebrantables lazos de la Religión, pidieron los misioneros al Fundador les diera reglas de vida religiosas. Suspendió unas cuantas semanas la carrera de las Misiones el Rdo. Padre Mazenod, suplicó al Señor, en su retiro, le iluminara é inspirara, y trazó, en estos preciosos días, las Constituciones y Reglas que hoy rigen á la Congregación de los Misioneros Oblatos.

Su Santidad León XII se dignó aprobar el nuevo Instituto, Constituciones y Reglas.

El 17 de Febrero de 1826, día que celebran anualmente con santo gozo los misioneros, junto con tanta gracia tuvo á bien el Padre Santo conceder varios privilegios, y lo que excede á todo lo demás, él mismo apellidó á los misioneros: Oblatos de María Inmaculada, *Missionarii Oblati B. V. Mariæ sine labe conceptæ*. Llevan las Letras apostólicas de aprobación la fecha del 21 de Marzo de 1826.

Manifestóse pronto la eficacia de la bendición del Vicario de Jesucristo; pues desde entonces no cesó de ir la Congregación de los Oblatos de María desarrollándose más y más. En el año 1841 se arrojaron los Oblatos al vastísimo y arduo campo de las Misiones extranjeras. Pasaron unos á Inglaterra, otros al Canadá, esparciéndose en aquellas regiones donde escaseaban obreros evangélicos, y hallándose frente á protestantes é idólatras.

El Sr. de Mazenod, entonces obispo de Marsella, deseoso de que tuviesen sus hijos más mérito con el aceptar libremente ese nuevo ministerio, dirigió una carta

circular á todos sus conventos, cuyo objeto era preguntar si convenía admitir las Misiones lejanas y cuáles anhelaban ser enviados á ellas. Una sola fué la contestación; respondieron todos con el Profeta: *Ecce ego, mitte me*: Heme aquí, mandadme.

Como quiera que nunca se deja vencer el Señor en liberalidad por sus siervos, premió este arranque de celo con atraer muchos novicios á la Congregación, dando así lugar á que se fueran multiplicando las casas. Al mismo tiempo el Papa Gregorio XVI, admirado del espíritu apostólico de los Oblatos, confirmó lo que estaba hecho, aprobando de nuevo el Instituto, como consta en las Letras pontificias de 20 de Marzo de 1846.

Difundida la Congregación con el transcurso de los años hasta los Estados Unidos, Asia y Africa, preciso fué añadir reglas para las Misiones lejanas, formar provincias y vicariatos para el gobierno de la dilatada Familia, lo cual se arregló en el Capitulo general de 1850. Sometidas aquellas modificaciones á la autoridad de la Santa Sede, Pío IX, de inmortal memoria, todo lo sancionó, y confirmó con una tercera aprobación el Instituto de los Oblatos, como consta por Letras apostólicas del 28 de Marzo de 1851.

Muchos años todavía gobernó con mano fuerte el señor de Mazenod su Familia religiosa, junto con la diócesis de Marsella. No cabe contar aquí las obras de caridad que creó, sostuvo é inspiró; los honores con que le brindaron en el retiro donde le gustaba vivir oculto; las virtudes que practicó en alto grado; las prendas intelectuales y morales que le había dispensado el cielo como prodigalidad: todo lo cual refiere la *Historia* de su vida. Sólo nos resta decir de qué modo una penosa enfermedad puso el sello divino á la existencia del venerable Patriarca.

A principios de Enero de 1861 cayó enfermo, y tanto se agravó, que al cabo de unas semanas recibió el santo Viático y Extremaunción de manos de un hijo suyo en la Religión y el episcopado, el Ilmo. Sr. Guibert, más tarde Cardenal Arzobispo de París. Alargándose la enfermedad, fueron creciendo los padecimientos, sin que disminuyeran jamás el valor y conformidad del ilustre enfermo, y daba así á sus hijos, arrodillados junto á su lecho de dolor, el ejemplo de aquellas virtudes que se admiran en los Santos. Llegados ya los postreros momentos, bendijo á sus amados Oblatos, y encomendándoles al celo apostólico y la caridad fraternal, pidió se le rezaran las oraciones de agonía, y añadió: «Traedme mi crucifijo de misionero y mi rosario; pues éstas son mis armas.» Respondió á las oraciones con el fervor de un alma pronta á volar hacia Dios, recibió la suprema bendición enviada por el Papa, y espiró al pronunciar las últimas palabras de la Salve: *O clemens, o pia, o dulcis Virgo Maria!* ¿Podía acaso, con más adecuadas palabras, acabar su vida el Fundador de los Oblatos de María Inmaculada?

Esta preciosa muerte acaeció en el hermoso mes de María, día 21 de Mayo de 1861. Había el Señor dado de vida á su siervo sesenta y nueve años.

Muerto el Fundador, la Congregación, huérfana de padre, sufrió muy duras pruebas, molestias y aun per-

secuciones en más ó menos escala. Ese es el crisol por el que pasan todas las obras santas, para que se purifiquen más y más; ese era también el sello de la cruz puesto por Dios sobre la Congregación, en señal de que la aprobaba El mismo, y confirmaba lo aprobado por sus Pontífices. Ahora bien, la cruz, sello de la augusta Trinidad, imprime en las obras que á gloria de Dios se llevan á cabo los tres caracteres de nobleza, fecundidad y duración, y así lo prueba el estado en que se halla actualmente la Congregación de los Oblatos.

Hoy día, regida por el sucesor inmediato del santo Fundador, existe en Francia, España (1), Italia, Inglaterra, Alemania, Holanda, América, Asia y Africa, contando con cinco provincias regulares y siete vicariatos de Misión entre infieles.

La casa matriz está en París. En Roma tiene una casa de estudios, donde reside el Procurador general cerca de la Santa Sede, con los estudiantes oblatos que están cursando y doctorándose en los Colegios Pontificios.

No obstante la expulsión que ha pocos años lanzó de los conventos á la mayor parte de los Oblatos y cerró sus iglesias, continúan en las dos provincias de Francia, que cuentan más de veinte casas, dirigiendo varios Seminarios conciliares, predicando Misiones en villas y aldeas, teniendo confiados á su cargo por los Obispos, además del ya célebre Santuario del Sagrado Corazón de Jesús en Montmartre de París, no pocos de los más concurridos Santuarios de la Virgen.

Tiene en la provincia de las Islas Británicas unas doce casas, esparcidas en Inglaterra, Irlanda y Escocia. Allí se dedican á fomentar la fe y vida cristiana entre católicos, á convertir protestantes, á regir casas de corrección, donde centenares de jóvenes, retraídos de la senda del vicio, aprenden á vivir honesta y cristianamente.

En las provincias religiosas del Instituto del Canadá y la de los Estados Unidos y Méjico, no escasean conventos de Oblatos, los cuales despliegan el mismo celo que en Inglaterra. De allí también suelen salir algunos misioneros para anunciar «al Dios desconocido» á miserables tribus indígenas, diseminadas por toda la ribera de la bahía de Hudson. ¡Cuántos hay de aquellos desamparados infieles que recibieron el agua del bautismo con la luz de la fe, por manos de los misioneros Oblatos!...

La Santa Sede fió al cuidado y celo de los Oblatos toda la parte septentrional de la América del Norte, la cual constituye una provincia eclesiástica con dos diócesis y dos vicariatos apostólicos, cuya administración pertenece á Obispos Oblatos. En aquellas inmensas regiones, tan extensas como toda Europa, pues abarcan todo el territorio situado entre el Océano Pacífico y el Océano Glacial, regiones de nieves y hielos casi perpetuos, tienen los misioneros que instruir espiritualmente tanto á los pocos colonos allí emigrados, como á muchas tribus salvajes diseminadas en aquel extensísimo territorio, y cuya mayor parte, á costa de indecibles fatigas, trajeron á la fe de Jesucristo.

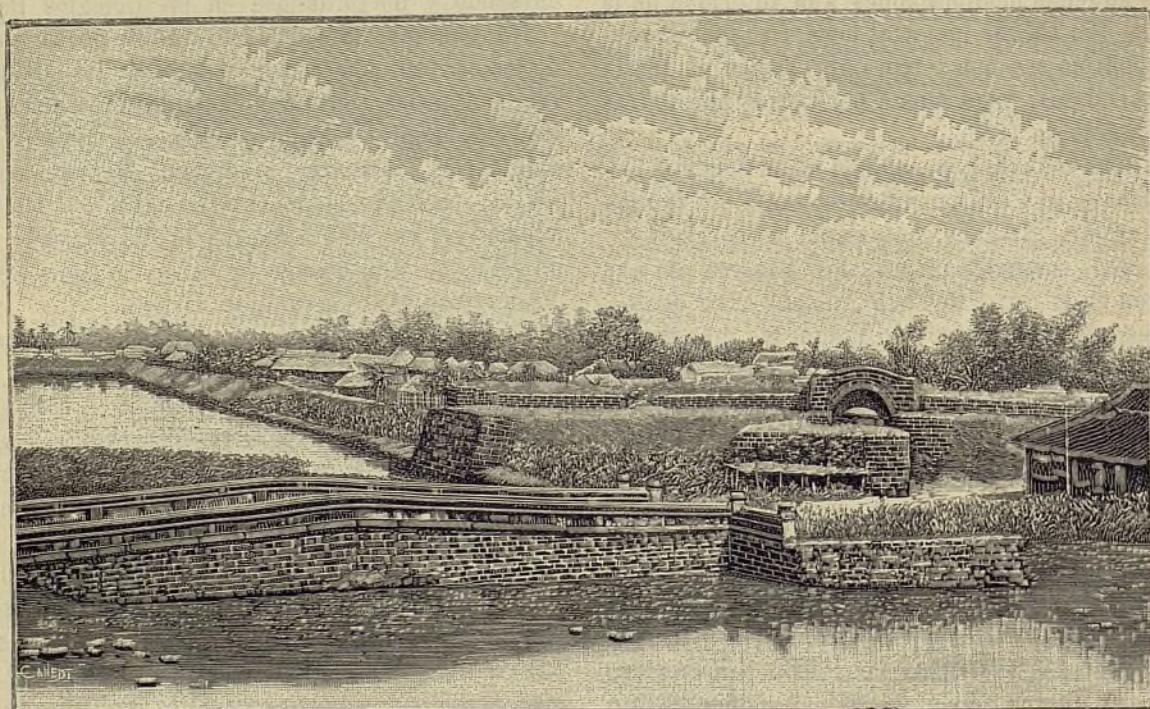
(1) En España ha sido establecida esta Obra en el santuario de Nuestra Señora del Soto (Renedo), en la diócesis de Santander, donde se educan los jóvenes que se sienten llamados á las Misiones.

En el mar Indico, en la hermosa isla de Ceylán, dos vicariatos apostólicos han de administrar los Oblatos. Allí es donde el valiente apóstol de las Indias, San Francisco Javier, evangelizó y bautizó pueblos enteros. Siguiendo sus huellas, los Oblatos se esfuerzan en atender á las necesidades espirituales de doscientos mil cristianos, y en procurar la conversión de tres millones de indios, que se obstinan en el culto de Budha, Brahma y Mahoma.

Pasando del Asia hasta la extremidad Sur de Africa, encuéntrase otro vicariato apostólico regido por los Oblatos, el de Natal. Comprende la colonia inglesa de Natal y una extensa región ocupada por tribus cafres. Allí también, además de colonos europeos, abundan millones de negros que librar del inmundo fetiquismo y conquistar al Evangelio. Ya se puede esperar que aquellas tierras, tanto tiempo estériles para la gloria de

Hermosa esa vocación, por ser apropiada á los tiempos actuales. Pues mientras las naciones de Europa van porfiadamente llevando á nuevos continentes é islas la cultura humana, la Iglesia, con el fin de llevar á las mismas partes la cultura cristiana, llama á sus ministros. Luego viene á su hora esa Congregación de apóstoles, que contesta al llamamiento del Sumo Pontífice: «Heme aquí, mandadme,» y se arroja á las cuatro partes del mundo, no poniendo á su celo más límites que los del número de sus hijos.

Estiman la dignidad y belleza de su vocación, y por ella dan gracias á Dios los misioneros Oblatos. Sólo que, al mirar su campo de labor dilatado de un polo al otro, tienen que exclamar como el Divino Maestro: «La miés verdaderamente es mucha, mas los obreros pocos.» Por lo cual ruegan al Señor que envíe muchos trabajadores á su miés.



COCHINCHINA.—Puerta occidental de la actual ciudadela de Binh-Dinh. (Pág. 443)

Dios, no tardarán en fructificar para el cielo, pues tras largos y penosos esfuerzos, han logrado los misioneros bautizar á unos millares de esos desgraciados hijos de Cam.

Como se ve, hermosa y santa es la vocación de los Oblatos.

Sí, hermosa, envidiable y santa, pues continúa la misión de Cristo, el cual, para demostrar que era el Mesías, dió entre otras aquella prueba: «Dios me ha enviado para evangelizar á los pobres: *Pauperibus evangelizare misit me.*» Ahora, pues, esta misma es la divisa de los misioneros Oblatos: á ejemplo de Cristo, evangelizan á todos los hombres, pero con preferencia á la clase más humilde de la sociedad, y á infieles los más pobres de todos, por estar «sin Dios en este mundo.» Vocación también sumamente santificante, porque no encuentra el misionero de gente pobre ningún atractivo humano, ni ganancia temporal, ni aplausos mundanos.

TRABAJOS DE EDIFICACIÓN Y RESTAURACIÓN EN TIERRA SANTA

Los Padres Franciscanos, á cargo de los cuales están todos los trabajos apostólicos de Tierra Santa, han realizado en los tres últimos años, merced á las limosnas que reciben, muchas é importantes obras de edificación y restauración en aquellos Santos Lugares, de tantos y tan venerandos recuerdos.

Entre los trabajos llevados á cabo merecen citarse la restauración de la iglesia de la Flagelación y la construcción de una capilla en el lugar de la V Estación, embelleciendo además la VII en la Vía dolorosa. En el valle de Josafat se han hecho importantes progresos; se ha cubierto el ábside del Santuario de Betfage; se ha añadido un tercer piso á la hospedería de peregrinos en Jerusalén; se ha rodeado de un fuerte muro el Collado de los Pastores, en las cercanías de Belén, donde se ha construido una nueva escuela de niñas.

En San Juan *in Montana*, merced á limosnas especiales de España se ha restaurado la iglesia, añadiéndola un hermoso coro, una majestuosa torre con cuatro campanas y un órgano, y en el umbral de la puerta mayor se ha construido una cripta para conservar el resto de un bellissimo mosaico antiguo: el convento, además, se ha ampliado con una grandiosa ala de dos pisos.

En el santuario de Nazaret, en las dos capillas que están sobre los cimientos de la santa casa de Loreto, se han colocado dos altares de mármol y dos magníficos cuadros, representando al arcángel San Gabriel y á Santa Ana.

Allí mismo se ha terminado la nueva hospedería para peregrinos, cuya construcción ha estado en suspenso durante veinte años.

En el Santuario de Caná de Galilea se ha puesto el pavimento de mármol y se ha ampliado considerablemente la residencia de los Religiosos.

A costa de grandes sacrificios se ha podido asegurar la propiedad de Cafarnaum, y se han protegido las preciosas ruinas que guarda con un muro, agrandando la casa con una capilla provisional.

En Bulaco, Mansurah, Trípoli, Tiro, Saida, Damasco, Sárnaca y Limaso se han hecho restauraciones en las iglesias, en los cementerios y en las casas que son propiedad de la Misión. En otros lugares se han hecho también reparos y mejoras de mucha importancia, que dan testimonio de la piedad de los fieles que los visitan y del celo de los frailes que los custodian.

EL ILMO. SR. FR. WENCESLAO OÑATE

ESTE ilustre hijo de Santo Domingo, vicario apostólico del Tung-King Central y obispo titular de Hipsópolis, entregó santamente su alma á Dios el 23 de Junio último, en la residencia de los misioneros, de Bni-Chu.

Nació en Estella, diócesis de Pamplona, el 28 de Septiembre de 1845. En 1861 tomó el hábito de Santo Domingo en el noviciado de Ocaña, y partió para las islas Filipinas en 1869, á la cabeza de doce misioneros.

Poco tiempo después de su llegada se le designó para evangelizar el Tung-King, donde se distinguió por la intrepidez y el fervor con que se dedicó á la santificación de las almas. Nombrado vicario provincial, ejerció este cargo hasta 1878. Consagrado en 1883 obispo titular de Hipsópolis, fué instituido coadjutor del Ilmo. Riaño, vicario apostólico del Tung-King Central, á quien sucedió el año siguiente.

Aunque hacía algunos años era harto evidente el quebranto de salud en el Ilmo. Oñate, los que rodeaban al venerable Prelado estaban lejos de prever desenlace tan brusco. A principios del mes de Junio se declaró una calentura que quitó al enfermo el apetito y el sueño; sus fuerzas se debilitaron de día en día, y el 23 de Junio se durmió apaciblemente en el Señor.

El 26 se celebraron en Bni-Cgu sus funerales, presididos por el Ilmo. Marcon, coadjutor del Ilmo. Gendreau, vicario apostólico del Tung-King Occidental, en presencia de todos los Padres del vicariato, de unos cincuenta sacerdotes indígenas y de multitud de fieles

que acudieron de todos los puntos del vicariato para honrar á su Pastor. El Sr. Lenormand, residente de Francia en Nam-Dinh, asistió á la fúnebre ceremonia. El Residente superior del Tung-King envió á los Padres de la Misión un despacho en el cual expresaba de una manera conmovedora su pésame, y encargó al señor residente de Nam-Dinh que se hiciese intérprete de sus sentimientos.

En varios puntos de España se han celebrado solemnes exequias por el eterno descanso del ilustre Prelado. En los celebrados en Estella, su patria, ofició de pontifical el ilustrísimo señor Obispo de Pamplona, habiendo asistido á la función religiosa la Diputación foral, el Ayuntamiento de Estella, todos los sacerdotes de la mencionada ciudad y de varios pueblos limítrofes y los reverendos Padres Escolapios.

El Ayuntamiento de Estella, deseando perpetuar la memoria de su ilustre paisano el ilustrísimo señor Obispo de Hipsópolis, acordó dar el nombre del virtuoso Prelado á la calle en que nació éste, habiéndose verificado ya la solemne ceremonia de descubrir la lápida conmemorativa.

SANTA TERESA DE JESÚS

SON tan conocidos en todas partes el nombre y las insignes virtudes de la esclarecida Española cuya fiesta celebramos el día 15 de este mes, que pocos son los Santos en el calendario cristiano cuya historia sea más popular, no ya sólo en nuestra patria, sino aún en el universo entero. Nació en Avila. En sus primeros años, encendido su espíritu con la lectura de las Actas de los Mártires, huyóse con su hermano de la casa paterna hacia las costas de Africa, anhelosa de padecer martirio por la fe; mas sorprendida por un próximo pariente suyo, fué devuelta por él á su familia. A los veinte años entró en la Religión del Carmelo, donde fué ejemplar de la penitencia más austera. En la soledad del retiro surgió en su entendimiento un proyecto capaz de arredrar otra voluntad que no fuese la suya. La reforma de su Orden, que deseaba ver en su primitiva observancia, fué desde entonces la ocupación de toda su vida. Increíble sería, si no lo atestiguase la historia, que una pobre mujer con pocos ó ningunos medios de fortuna, ayudada sólo de un celo y actividad invencibles, diese cima á la fundación de treinta y dos conventos de su reforma, á pesar de mil contradicciones, obstáculos los más obstinados y hasta de persecuciones encarnizadas. Y menos se concibe como en medio de la agitación de sus viajes, y los hacía continuamente del uno al otro punto de España, conservó su espíritu aquella calma y serenidad que se refleja en sus escritos, joyas inapreciables de nuestra literatura, debidos á una pobre mujer sin estudios, ni otra educación que la común y ordinaria entre mujeres de su clase. Falleció en 1582 á los sesenta y dos años de su edad y fué canonizada por Clemente XV en vista de sus frecuentes milagros. En las págs. 444 y 445 damos la reproducción de un cuadro del Sr. Mercadé, que representa á la gloriosa Santa dando cuenta al Padre Provincial de su conducta en la fundación de sus conventos.

UN MISIONERO SEGLAR

LA hora en que hacen tantos progresos en Europa un paganismo peor mil veces que el de la antigüedad, y una barbarie que deja tamañita la de los países africanos, la Providencia de Dios suscita almas escogidas que llenas de abnegación se esfuerzan por oponer un dique al torrente del mal que todo lo invade. Una de esas almas de buen temple, uno de esos héroes del apostolado seglar, lo es sin duda el Sr. León Harmel, cuyo retrato damos en la página 449.

«De mediana estatura, dice un periódico francés, aunque de vigorosa corpulencia, el Sr. Harmel, de edad cincuenta y cinco años, es infatigable en el trabajo. Se le ve en todas partes sembrando la semilla de su palabra. Con mucha frecuencia, para no perder minuto, despacha su correspondencia desde el coche, viajando por los ferrocarriles. Apenas ha tenido tiempo en una ciudad para ocuparse en los asuntos relativos á su obra y de celebrar una conferencia, cuando sale para otra ciudad. De esta suerte pasa once meses del año, no concediéndose más que treinta días de descanso en su fábrica de Val-des-Bois, de Reims. Y aún allí en esos treinta días, trabaja de firme.

«El Sr. Harmel asiste asiduamente á los Congresos católicos. Defiende con gran denuedo sus teorías, las cuales, al contrario de lo que suele acontecer, él mismo las ha puesto en práctica en su fábrica de Val-des-Bois. Esta es el tipo de la fábrica cristiana, tal como la comprenden los católicos, y en ese concepto merece ser indicado á todos los que se empeñan en la solución de la cuestión social.

«La fábrica de Val-des-Bois es de hilados, dirigida por el Sr. Harmel y sus hijos, en la cual amos y obreros forman una corporación, basada en la idea de las Asociaciones religiosas. Hay allí la Asociación de hombres mayores de diecisiete años, bajo el patronato de San José; la de jovencitos desde su primera Comunión hasta la edad de diecisiete años, bajo el patronato de San Juan Bautista de la Salle; la de San Luís, para los niños que no han hecho aún la primera Comunión; la Asociación de Santa Ana, para las madres de familia; la Asociación de las Hijas de María, para las doncellas desde los quince años hasta que contraen matrimonio; la Asociación de los Santos Angeles, para las niñas desde la primera Comunión hasta los quince años, y finalmente la Asociación de Santa Filomena, para las que no han hecho aún la primera Comunión. Las doncellas y niñas llevan continuamente la cinta y la medalla de su Asociación, no sólo cuando van á la capilla, sino en el taller ú obrador, en sus casas y en la calle, así el domingo como los demás días de la semana.

«Las instituciones económicas comprenden un Consejo general, otro profesional, una Sociedad anónima cooperativa (carnicería, panadería y compras directas de mercancías), una Sociedad de socorros mutuos, una caja de ahorros, otra de posesión, otra de anticipos y préstamos, etc.

«Hay también una Sociedad de preservación de la juventud, dividida en Secciones.—Lecturas sanas.—Música instrumental.—Coral.—Canto.—Gimnasio.—Declamación.—Tiro.

«No se han echado en olvido las obras de piedad, como puede suponerse, y existen allí la Conferencia de San Vicente de Paúl, la Cofradía del Santísimo Sacramento, la Tercera Orden de San Francisco, la Cofradía de Nuestra Señora de la Fábrica, la Asociación del Rosario, la Cofradía de San José y el Apostolado de la Oración.

«En París ha fundado el Sr. Harmel la Unión fraternal del comercio y de la industria, y del cual depende la Secretaría del pueblo y la Unión cristiana de los talleres de mujeres. Esta última Asociación tiene por objeto lograr que se ejerza por los obreros de más edad una especie de vigilancia sobre los más jóvenes, á fin de que éstos no se desvíen del camino recto.

«Por lo que hace á la Secretaría del pueblo, es el consultor gratuito de los asociados, y les procura toda clase de informes que puedan necesitar, encargándose también de la correspondencia.

«De más está decir que los mil quinientos obreros de su fábrica aman al Sr. Harmel, y sólo le llaman siempre *el buen Padre*.»

«De seguro que en esta fábrica modelo, añade otro periódico, no entra la dinamita, porque en ella reina otro fuego, que es el del amor de Dios. Luego la fe religiosa es la única que puede resolver el problema social. ¿Cuándo se convencerán de esto los pobres y los ricos? ¡ojalá, siquiera á fuerza de desastres, llegasen ricos y pobres á ver y comprender!»

CRÓNICA

Roma.—El Soberano Pontífice ha nombrado una Comisión constituida por algunos Obispos y sacerdotes de ilustración reconocida, encargada de estudiar los asuntos que habrán de ser objeto de las deliberaciones del próximo Concilio Nacional de los Estados Unidos. León XIII redacta, en los actuales momentos, una carta á los Obispos anglo-americanos, en la que tratará del Concilio, encomiando su importancia. El Concilio será presidido por el delegado apostólico Ilmo. Martinelli.

En la carta pontificia á que nos referimos, serán formuladas las reglas generales que presidirán á la celebración del Concilio, y establecidas las bases á que habrá de sujetarse la discusión de materias que serán objeto de las deliberaciones de los Obispos en la futura Asamblea.

—El Ilmo. Sogaro ha dado cuenta al Papa de los últimos progresos del Catolicismo entre los coptos, principalmente de lo que trabajan en la enseñanza los Religiosos de la Madre de Dios y los Jesuitas, á cuyo cargo está el Seminario. Los Monjes coptos católicos se oponen cuanto alcanzan sus fuerzas á las misiones protestantes. El abogado copto católico Ramsis Gresa Rey acompañaba al Ilmo. Sogaro y completaba sus informes al Romano Pontífice.

Inglterra.—Las fiestas del XIII Centenario del desembarco en Inglaterra del monje benedictino San Agustín, primer arzobispo de Cantorbery, han revestido excepcional solemnidad.

En Ramsgate, lugar del desembarco, se reunieron el Episcopado, las notabilidades católicas, con el ilustre duque de Norfolk al frente, y muchos invitados del Continente, aparte de extraordinaria multitud de fieles y también de curiosos. La procesión verificada en los alrededores de Ramsgate fué imponente.

En la reunión organizada por el *Catholic Trull Society*, el cardenal Vaughan tuvo frases de finísima ironía para los anglicanos, que, habiendo derribado los altares y desterrado las imágenes de sus iglesias, reconstruyen los unos y colocan las otras sobre ellos; que, enemigos acérrimos antes de la confesión auri-

cular, escuchan ahora confesiones; que blasfemaron del santo Sacrificio de la Misa, y ahora intentan consumarlo. Pero de esas mismas contradicciones espera mucho el ilustre Purpurado para la completa conversión de la nación británica.

Contra lo que sucede en países católicos, no se registran al otro lado del canal de la Mancha notas de protesta contra la gran manifestación católica. Muy al contrario: un pastor anglicano sirvió de *cicerone* al cardenal Vaughan y á sus ilustres acompañantes, en la visita por éstos hecha á la antigua iglesia primacial de Inglaterra, la catedral de Cantorbery, en poder de los protestantes.

Indostán.—El Ilmo. Francisco Vicente Pesci, obispo que fué de Allahabad en el Indostán, y cuyo retrato damos en la página 433, había nacido el 23 de Agosto de 1833 en Florencia, donde entró en la Orden de los Capuchinos. Fué enviado á las Indias Orientales, y nombrado vicario apostólico de Patna en 1881. Cuando el Ilmo. Pablo Antonio Tosi fué trasladado al vicariato apostólico del Penjab, el Ilmo. Pesci le sucedió en Patna. Elegido obispo titular de Marciana por breve del 8 de Mayo de 1881, y preconizado el 4 de Agosto, fué consagrado el 4 del mismo mes en la magnífica catedral de Allahabad por el Ilmo. Tosi, su predecesor, y transferido el 25 de Noviembre de 1886 á la sede recientemente erigida de Allahabad.

Venido á Europa para asuntos de su Misión, sucumbió el 9 de Julio de 1896 en Lyon, á consecuencia de una pneumonía.

Desde que comprendió la gravedad de su estado, se sometió á la voluntad divina y recibió rodeado de sus hermanos los últimos consuelos de la Religión. Antes de ser viaticado pidió la Regla de San Francisco, y abrazándola amorosamente exclamó:

—Oh santa Regla, siempre te he amado! ¡tú has sido mi fuerza y mi valor, sé ahora mi esperanza! ¡Gran San Francisco, os elegí como Padre, reconocedme hoy por hijo! Dios mío, bendecid la Orden de San Francisco, y enviadle constantemente buenas vocaciones. Mirad con ojos de misericordia á mi diócesis y á mis sacerdotes, á quienes bendigo de todo corazón. ¡Cuán grande hubiera sido mi dicha muriendo en medio de ellos! aceptad este sacrificio, ¡oh Dios mío! en expiación de mis pecados. Por lo menos es un consuelo para mí morir á los piés de Nuestra Señora de Fourvière.

El 8 de Julio á media noche recibió el santo Viático; pidió que le rezasen la recomendación del alma, y á las tres y media de la mañana el santo Obispo espiró dulcemente.

Asistieron á sus funerales, celebrados el 11 de Julio, dos Obispos capuchinos, el Ilmo. Lasserre, vicario apostólico de Arabia, y el Ilmo. Marcos Hudrisier, obispo de Puerto Victoria, en las islas Seychelles.

Gabón (Africa Occidental).—En Librevilla las Religiosas francesas educan á las niñas indígenas y las enseñan las labores propias de su sexo. Su celo y el de los misioneros católicos contrarrestan los manejos de los protestantes, que con su oro se esfuerzan en ganar para el cisma las poblaciones del Africa Occidental. Confiamos que María Santísima, vencedora de todas las herejías, aniquilará allí la secta cuyos ministros blasfeman del nombre de la Virgen, con escándalo de aquellos sencillos negros. En las aldeas cercanas de Librevilla los misioneros han formado algunos catequistas, para que enseñen á su vez el Catecismo á los muchachos. (V. los grabados de las págs. 440 y 441).

VARIEDADES

EL APOSTOLADO DEL SANTO ROSARIO

DURANTE una Misión predicada en Londres, hace algunos años, el P. Conway se hallaba de visita en la residencia de una familia aristocrática de aquella metrópoli. El ama de la casa llevaba al cuello un modesto rosario que formaba gran contraste con las demás piezas de su espléndido atavío. Y como el misionero se mostrase sorprendido, la noble dama le dijo:

—¿Quiere V., Padre, oír la historia de este rosario?

—De mil amores, señora, respondió el ministro de Dios.

Entonces la matrona empezó así su relato:

I

Debe V. saber ante todo, que mi marido pertenecía á una de las familias protestantes más fanáticas, y mis ideas no podían ser más erróneas con respecto á los católicos. Me habían enseñado que sus cualidades características eran la ignorancia y la idolatría: así es que mi marido y yo cuidábamos escrupulosamente de que no hubiese ningún católico en nuestra servidumbre. Mas he aquí que una mañana entra á verme mi camarera, y me dice:

—¡Mirad, señora, que he encontrado!

—¿Y qué es eso?

—Es uno de los ídolos del *papismo*.

—Sí, no hay duda; y ¿dónde lo has hallado?

—A la entrada del parque. La portera dice que pertenece á una vieja irlandesa que viene aquí todos los días á vender berros.

Llevé el rosario al salón de recibo, donde se hallaba Enrique, mi marido, con Clara, la más joven de sus hermanas, y mientras nos burlábamos á porfía de las supersticiones de Roma, se nos anunció la visita de dos señoras. Seguimos examinando minuciosamente el *ídolo papista*. Por fin, exclamó mi hermana política:

—Letty, haga V. venir mañana á esa viejezuela: nos reiremos de lo lindo.

Consentí gustosa en lo que me pedía Clara; después de algunas vacilaciones convino también en ello mi marido. Invitamos á las dos señoras á presenciar la escena que debía darnos tanto solaz, y uno de los criados quedó encargado de traernos á la vieja la mañana siguiente.

En efecto: muy temprano nos reunimos todos en el recibidor. Enrique había entrado de lleno en el espíritu de la broma; mas yo calculaba para mis adentros lo fácil que sería convertir á la pobre ignorante.

—¡Vedla ahí! exclamó de repente mi marido; y todos nos precipitamos hacia la ventana, desde donde vimos venir á la viejecita, acompañada de nuestro lacayo, y, al parecer, hablando y discutiendo con él.

—¿Qué quiere de mí la señora? la oímos decir en su inglés chapurrado.

En el vestíbulo la recibieron los sirvientes reprimiendo á duras penas las risotadas. El lacayo abrió la puerta de la pieza en donde la esperábamos; mas ella se resistía á dar un paso más.

—¿Yo entrar en ese magnífico aposento con mis zapatos llenos de lodo? ¡Aunque me ahorcaran! ¡Venga aquí mismo la señora, y dígame lo que se le ofrezca!

—No, no, buena mujer; entre V., le dije yo, adelantándose hacia la puerta: nosotros no queremos hacerle ningún mal.

—¿Hacerme mal á mí? dijo haciendo una reverencia. No faltaba más. ¿Y quién en el mundo quisiera hacer mal á esta pobrecita?

—Nadie, por cierto; empero, pase V.

Por fin se dejó convencer y entró: entonces comenzó entre las dos el siguiente diálogo:

II

—Buena mujer, ¿no ha perdido V. algo?

—No lo creo, señora: ¿tiene acaso algo que perder la pobre María Feenan?

—Y sin embargo, algo ha perdido V. Usted ha perdido á su *Dios*.

—¿He perdido á mi Dios? El Señor todopoderoso me libre de tan gran desdicha. Mas, ¿qué quiere V. decirme con eso?

—No se sulfure V., Sra. Feenan; V. ha perdido un ídolo; es decir, uno de esos objetos que Vds. los papistas *adoran*; en una palabra, he aquí lo que ha perdido, y le entregó el rosario.

—¡Ah! ¡Usted, pues, ha hallado mi rosario! Bendiga Dios cada cabello de su cabeza, querida señora: es todo lo que yo puedo decirle y desearle á V. Nunca se me olvidará su bondad.

—Mas, ¿no sabe V., buena mujer, que es pecado adorar los ídolos?

—Yo no adoro ídolos, replicó enderezándose la pobre irlandesa. Es el P. Mahoney (que en la gloria esté) el que me enseñó á rezar mi rosario, y me explicó también su significado.

Yo me sonreí de lástima, y le dije:

—Usted debería leer la Biblia, mi pobre criatura, y no dejarse esclavizar y engatusar por los curas.

La devota irlandesa se había olvidado de su timidez, pues soltó una carcajada y me respondió:

—Es verdad, señora, yo no sé leer ni una palabra; mas conozco mi Religión tanto como otro cualquiera. Veo muy bien que V. se burla de mí; pero he aquí lo que enseña el rosario; he aquí lo que leo en él.

Y en voz alta y sostenida, y con la mirada radiante, empezó á decir:

—¿Ve V., señora, este crucifijo? Pues bien, cuando lo miro, me acuerdo de que Jesucristo ha muerto por mí en el Calvario: me acuerdo de todas sus llagas y de todos sus padecimientos, y le digo: Dulce Jesús mío, no permitas que yo te ofenda. ¡Oh! señora: si V. tuviera el retrato de una persona á quien V. amó (de un hijo muerto, por ejemplo) ¿no lo amaría V. como yo amo este retrato?

Y diciendo esto besaba con fervor la cruz de su rosario. Luego prosiguió:

—Mire V. ahora esta cuenta gruesa y estas tres chiquitas. Ellas me dicen que no hay sino un solo Dios, y que en este solo Dios hay tres Personas. Usted ve que hay seis cuentas gruesas en el rosario, y una medalla que se parece á un tabernáculo. ¡Ah! ¡tal vez V. no sabe lo que es un tabernáculo! Pues es un lugarcito de nuestras iglesias en donde se guarda el Santísimo Sacramento. Con que, estas seis cuentas gruesas y esta medalla me recuerdan que hay siete Sacramentos, y que uno de ellos es el mayor de entre todos, es decir, la adorable Eucaristía.

Todos la escuchábamos sin chistar, y Clara se había instintivamente acercado á la buena vieja.

—Y estas seis cuentas, añadió, me recuerdan también que hay seis mandamientos de la Iglesia, á más de los mandamientos de la ley de Dios, y que tengo que cumplir con ellos.

Y la buena mujer comenzó á referirlos; luego se paró un instante para tomar aliento, y continuó:

—Todo el rosario se compone de quince misterios en honor de la Madre de Dios: cinco *gozosos* (y los repitió); cinco *dolorosos* (y los enumeró); cinco *gloriosos*, y al rezar estos últimos su voz se elevaba gradualmente: por fin dijo con un acento que nunca olvidaré:

—Cuando voy por el mundo buscando como ganar la vida honradamente, rezo los misterios *gozosos*. Cuando gano poco ó nada, y me pregunto si he de pasar el día sin comer, rezo los misterios *dolorosos*, y me digo á mí misma: María Feenan, ¿qué significa tu inquietud? De seguro que todo se acabará un día, y el Señor te hará la gracia de acabar con bien. Y cuando he logrado triunfar del desasosiego, lo menos que puedo hacer es rezar los misterios *gloriosos* en honor de Aquella que es nuestra dulce Madre.

III

No era ésta precisamente la escena con que habíamos soñado. Mis amigas escuchaban respetuosamente; y por mi parte, yo me inclinaba á imitar el ejemplo de mi hermana política, quien no había podido refrenar las lágrimas.

—¡Vamos! esto ya basta, dijo mi marido; devuelvan ustedes su rosario á esta mujer, y déjenla marcharse.

Ninguno de nosotras se cuidó de hablar de las cosas maravillosas que habíamos oído; mas yo me preguntaba si la Religión de la buena anciana era una Religión que merecía sólo nuestro desprecio. Muchas veces después, tuve el gusto de ver á María Feenan y de platicar con ella: hasta le pedí en una ocasión que me regalara su querido rosario, y ella me lo dió de buena gana. Por fin, amaneció el día feliz en que le rogué al P. X... que me instruyera para ser bautizada en la Iglesia católica.

Cuando tuve esta dicha, lo puse todo en conocimiento de mi marido. Nunca le había visto tan irritado: más yo esperé, rogué, y al cabo de algunas semanas me dijo:

—Ve á tu iglesia, si es necesario; yo y los chicos iremos á la nuestra.

Transcurrió así algún tiempo, hasta que un domingo le dije yo también:

—Ven hoy á mi iglesia, Enrique.

El cedió, y antes de terminar el año tuve la suerte incomparable de ver á mis siete hijos y su padre recibidos en el seno de la Iglesia única verdadera.

—¿Y V., señora, lleva siempre puesto el rosario de la anciana irlandesa? preguntó el misionero.

—Sí, Padre; y muchas veces en las veladas y recepciones, alguna dama que examina las cuentas de mi rosario, me dice sonriéndose:

—¡Oh, qué piedras tan extrañas! ¿Vienen de las Indias?

—No, no vienen de tan lejos.

—¿Y son muy preciosas?

—¡Oh! sí, preciosísimas. Valen millones para mí.

Y después de haber excitado la curiosidad de mi interlocutora, le cuento con todos sus pormenores la historia que acabo de contar á V. Así es como el rosario de la buena anciana irlandesa sigue ejerciendo su benéfico apostolado.